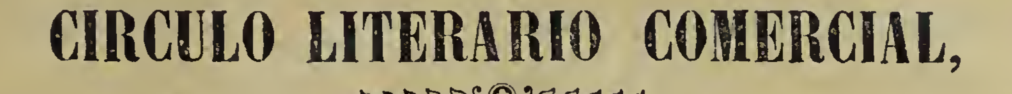
CIRCULO LITERARIO COMERCIAL,



LA ESPAÑA DRAMATICA.

COLECCION DE OBRAS

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.



MADRID:

RIOS, MONIER, CUESTA.

Cátalogo *de las obras dramáticas de la propiedad del* Circulo Literario Comercial, *estrenadas últimamente en los Teatros de esta corte.*

DRAMAS

EN TRES ó MAS ACTOS.

El donativo del diablo.
La hija de las flores ó todos están locos.
El valor de la mujer.
La fuerza de voluntad.
La máscara del crímen.
La Estrella de las Montañas.
La ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un hombre de estado.
El primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza Republicana.
Mauricio el Republicano.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del Diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS
EN TRES ó MAS ACTOS.

Tres al saco...
Un inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La condesa de Egmont.
La escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la reina de Navarra.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
¡Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
A quien Dios no le dá hijos...
La nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un Hidalgo aragonés.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, Hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las Tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Los pretendientes.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su muger.
La Ley Sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el Albañil.
María y Felipe.

EN UN ACTO.

Como usted quiera.
Un año en quince minutos.
Un cabello!
El don del cielo.
La esperanza de la Patria, *loa.*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo.
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases Pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios del amor.
Mi media Naranja.
¡Un ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo!
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton... y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El turron de noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

EL DONATIVO DEL DIABLO,

DRAMA EN TRES ACTOS, Y EN PROSA,

por

LA EXCMA. SRA. DOÑA G. GOMEZ DE AVELLANEDA.

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ

en el Teatro del Príncipe el 4 de Octubre de 1852.



N.° 195.

MADRID.
IMPRENTA Á CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO, N.° 14.
1852.

PERSONAS.	ACTORES.
IDA KÉLLER	Doña Josefa Palma.
MARTA . . . . , . .	Doña Dolores Perez.
MUJER JOVEN 1.ª	Doña Cármen Espejo.
MUJER JOVEN 2.ª	Doña Josefa Menendez.
EL BARON DE CHARMEY	Don Julian Romea.
EL CONDE DE MONTSALVENS.	Don Antonio Pizarroso.
JUAN BAUT.ª KÉLLER. .	Don Antonio de Guzman.
ARNOLDO KÉSSMAN. . .	Don Pedro Delgado.
NICOLAS BULL.	Don Pedro Lopez.
TOMAS HUBER.	Don José Perez Pló.
ANTONIO, *pastor*	Don Calisto Boldun.
OTRO PASTOR	Don N. Martinez.
UN OFICIAL AUSTRIACO.	Don Patricio Sobrado.
EL ALCAIDE DEL CASTILLO DE MONTSALVENS	Don Lázaro Perez.
UN HOMBRE DE ARMAS.	Don José Mas.
UN CRIADO	Don Gerónimo Gonzalez.
UN NOTARIO, *que no habla*.	

Soldados austriacos, Criados, Mujeres y Pastores.

La escena pasa en Suiza, canton de Friburgo, corriendo el primer tercio del siglo XV.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa el vasto salon de un *Chalet* de la Suiza, con puertas al fondo y laterales. El rústico mueblaje de aquella pieza se compone de algunas sillas de haya, grandes rinconeras, en una de las cuales se ve un reloj de arena, y en las otras pequeñas estátuas de aliso, que representan algunos de los santos apóstoles. Colgadas de las paredes, á manera de ornato, cornamentas de gamuza, gruesos garrotes de aceradas puntas, venablos y cuchillos de monte. En el centro del salon se ve una larga y estrecha mesa, cubierta por blanquísimo mantel, y ostentando con profusion variedad de quesos, pasteles, frutas, tortas y vinos. Es de noche y alumbran la escena multitud de luces: se ven tambien varios ramos de flores esparcidos sobre las sillas.

ESCENA PRIMERA.

JUAN BAUTISTA.—ANTONIO.—OTRO PASTOR.

(Los pastores aparecen arreglando la mesa y encendiendo las luces. Juan Bautista, vestido con un traje de los dias de fiesta, preside el ornato de su rústica morada.)

JUAN B.ª Asi, muchachos! las tortas de manteca con abundancia: los panecillos de trigo lo mismo. Y mas vinos! mas vinos, voto á brios! y mas quesos en esa mesa..! no se diga que Juan Bautista se

hace menos espléndido, á proporcion que se hace mas rico.

ANTON. ¡Bah! no haya miedo que tal cosa suceda. En toda la villa de Neirivue y en veinte leguas á la redonda, es probervial la rumbosidad del ganadero Kéller.

PASTOR. Bien se sabe que servimos al hombre mas opulento y mas generoso de cuantos cubren con sus vacadas las faldas del Molesón.

JUAN B.ª Nunca me ha gustado dejar enmohecer mis doblones, y á Dios gracias siempre los hay nuevos en mis arcas.

ANTON. Vuestra casa, señor Kéller, alcanzó hace muchos años la bendicion del cielo. Todo os sale bien, y como dice vuestro compadre Nicolás Bull, aunque sembrárais piedras, os naceria trigo.

JUAN B.ª Loado sea el Señor, y el santo de mi nombre, á cuya especial proteccion le debo sin duda tanta dicha.

ANTON. No puede su Divina Magestad tacharos de ingrato, ni tampoco lo hará seguramente el bienaventurado precursor. Sois un buen cristiano, señor Kéller, y no recuerdo que en diez años que pastoreo vuestro ganado, hayais dejado de festejar esta noche, víspera de vuestro santo patron.

JUAN B.ª No por cierto: la velada del veinte y tres de junio es mi fiesta mas solemne. Desde que poseí por merced del Altísimo la primera res, establecí la costumbre de reunir tal dia como este á todos mis vecinos, para regalarles con mi mesa, honrando la memoria del glorioso san Juan Bautista: nunca los primeros albores de su fausto dia me han encontrado en la cama. Pero ¿qué se hace Ida? Ya es hora de que empiecen á llegar los convidados, y esa niña tiene por colocar todavia los ramilletes de flores.

ANTON. Se estará ataviando; aunque á decir verdad, semejante cuidado está demas en vuestra hija, señor Kéller: con atavio ó sin él, siempre es la señorita Ida la doncella mas bizarra del canton de Friburgo.

PASTOR. ¡Allí viene! ¡allí viene!

JUAN B.ª ¡Eh! pues déjar eso: id á esperar á los convidados, que no tardarán en venir, y recibidlos al umbral de la casa con la debida cortesia, presentando á cada una de las damas un ramo de flores y un cucurucho de almendras.

ANTON. Todo está preparado. He aquí á vuestra hija.

JUAN B.ª Salid vosotros.

ANTON. *(Mirando á Ida.)* Ay qué perla!

PASTOR. ¡Vamos! no ha de ser para tí, mentecato.

ESCENA II.

JUAN BAUTISTA.—IDA, *que sale por la izquierda y se pone á recoger los ramilletes y á colocarlos en jarros de porcelana, sobre las rinconeras.*

JUAN B.ª Iba á llamarte para eso. Nadie tiene la simetria que tú para hacer ramilletes.

IDA. Ya están hechos: solo falta colocarlos.

JUAN B.ª Colócalos pues: tus amigas se aparecerán de un momento á otro, y entonces no pensareis mas que en bailar y meter ruido.

IDA. Esto es cosa de un instante. ¿Serán muchos los asistentes á la velada, padre mio?

JUAN B.ª Los del año pasado, poco mas ó menos: no te faltarán muchachos para danzar, ni á mí viejos, como yo, con los que charlar á mi placer. Oh! bien pensé que la velada de este año fuese todavia mas alegre, mas... pues! mas gloriosa que todas las anteriores. El señor baron de Charmey, cuando estuvo hace un mes en su castillo, y me presenté para ofrecerle mis respetos, me dijo dándome una palmada en el vientre, con su noble diestra:—Mi buen gordiflon! resérvame un jarro de vino y el mejor pedazo de tu queso, la noche de la velada de san Juan, pues te advierto que tengo vivos deseos de visitar tu *Chalet* en aquella época de su gloria. Esto me dijo: pero he ido ayer á convidar á su señoria, y supe por Villiams, su conserge, que no tenemos la honra de que se encuentre en el pais.

IDA. El Baron de Charmey es un caballero muy afable: trata á los villanos como si fueran sus iguales, y por eso le quieren todos como á las niñas de sus ojos.

JUAN B.ª Lo que es á mí no me dispensa su señoria la mera bondad que usa generalmente con las gentes rústicas: no por cierto! bien sabe distinguir... Los Kéller hemos sido constantemente muy bien quistos de la nobleza. El señor Conde de la Gruyere, padre del actual, jugaba con mi abuelo á la pelota: y en cuanto al Baron de Charmey, de quien antes hablábamos, sabido es que casi se crió en los brazos de tu madre, que Dios tenga en su gloria. Era hija de un montero del viejo Baron, cuyo montero, abuelo tuyo, tuvo una vez la dicha de salvar la vida á la señora Baronesa Eleonora, que era la mas hermosa dama de su tiempo. Te contaré cómo y cuándo tuvo la dicha tu abuelo de salvar en cierta ocasion la preciosa existencia de aquella ilustre dama.

IDA. Ya me lo habeis referido cuatro ó seis veces, padre mio, y lo tengo muy presente.

JUAN B.ª El viejo Baron sobrevivió poco tiempo á su malograda esposa, y solo dejó un hijo, nuestro adorado Baroncito; que pudiera ser hoy dia el mas opulento de todos los grandes señores de la Helvecia.

IDA. Bastante rico es.

JUAN B.ª No por cierto, hija mia. Su casa está muy decaida: pero debiera ser todo lo contrario. No hay quien ignore en el pais que le corresponden, por incuestionable derecho, los vastos dominios que enriquecen al Conde de Montsalvens, arruinado antes por sus vicios. Ese pícaro se calzó injustamente una cuantiosísima herencia, que debió haber ido á su deudo Charmey. ¡Pardiez! no le perdono á este su incomprensible desprendimiento.

IDA. Pero, papá, se me hace increible que le asistan realmente á nuestro querido Baron los tales derechos que le supone el vulgo.

JUAN B.ª Cómo el vulgo!... soy yo vulgo?

IDA. He oido decir que cuando el Conde de Montsalvens heredó los señoríos á que haceis referencia, y que son sin duda de los mejores de la Helvecia, intentó disputárselos su pariente Charmey; pero pronto debió convencerse de que su pretension era injusta, pues se apartó de ella y no ha vuelto á pensar en renovarla.

JUAN B.ª Porque es un descuidado, un maniroto... porque no se cuida mas que de sus amores y de sus monterías... Se me enciende la sangre cuando se menciona delante de mí al tal Conde de Montsalvens, porque es tan claro como el sol que es un usurpador infame, y yo le juro...

IDA. Papá, no hableis mas de eso: os exaltais, os poneis de mal humor, y no viene á cuento en la noche festiva en que nos hallamos.

JUAN B.ª Cierto: pero es cosa...

IDA. Decidme, ¿habeis convidado tambien para la velada á nuestro amigo Arnoldo?

JUAN B.ª *(Frunciendo el entrecejo.)* A Arnoldo Késsman? Al paje del Conde de Montsalvens?...

IDA. *(Bajando los ojos.)* Él no tiene la culpa de que su señor sea malo y usurpador.

JUAN B.ª No es por las maldades de su amo que yo le tengo tirria al tal pajecillo.

IDA. Tirria?...

JUAN B.ª Poca falta hace, pero no dejará de venir: favorece mi casa mas de lo que deseo.

IDA. No sabia yo que os desagradaban sus visitas.

JUAN B.ª Sus visitas no, pero el motivo de ellas sí, y mucho.

IDA. El motivo?... no os comprendo.

JUAN B.ª En toda la villa se murmura que está enamorado de tí.

IDA. Aunque así fuera...

JUAN B.ª Si así fuera lo arrojaría de mi casa de un puntapié, para que aprendiese á no mirar mas alto de lo que alcanza su vista.

IDA. *(Tímidamente.)* Padre... Arnoldo es un buen muchacho; nadie tiene nada que tildarle.

JUAN B.ª Yo no me meto en si es bueno ó malo: no sé de positivo sino que es mas pobre que Aman: que no tiene sobre qué caerse muerto.

IDA. Esa es una desgracia, y no un delito que lo rebaje.

JUAN B.ª Estímale en buen hora en lo que te parezca que valga, pero ¡cuidado, Ida! cuidado, te repito! porque primero quemaria mis chalets, y arrojaria mis ganados para pasto de los lobos, que consentir en que un pelagato holgazan se refocilase mañana con mi herencia, despues de robarme hoy el cariño de mi hija.

IDA. *(Aparte.)* Dios mio!

JUAN B.ª Una doncella honrada y llena de mérito, como tú, no compra á su marido.

IDA. Pero...

JUAN B.ª No quiero dar la prenda de mi amor, y el fruto de mis sudores, á un mequetrefe sin blanca, que cuenta con su bonita figura para salir de miseria.

IDA. *(Aparte.)* Desgraciada de mí!

JUAN B.ª Y no poner esa cara de angustia... no exhalar suspiros, ni verter lagrimillas... porque si llego á convencerme de que es verdad lo que se dice, juro por el alma de mi madre!...

IDA. Basta, padre! basta por la Vírgen: ved que escucho pasos; que vienen gentes...

JUAN B.ª No olvidar lo dicho: y retírate un momento á calmar esa afliccion indiscreta que se pinta en tu semblante.

IDA. Obedezco. *(Se va.)*

JUAN B.ª Vaya con la chica y su gloriosa eleccion! He sido un imprudente en permitir... llegan mis convidados.

ESCENA III.

JUAN BAUTISTA.—NICOLÁS BULL.—TOMÁS HUBER.—MARTA.

NICOLÁS. *(Al entrar y disputando con Tomás Huber.)* Digo que no, que no, y que no! Ningun año ha sido la exportacion de quesos tan grande como el pasado.

TOMÁS. Pues yo aseguro...

NICOLÁS. Dígalo el compadre Kéller.

TOMÁS. Antes de todo, felicitémosle por su feliz cumpleaños.

MARTA. Que por muchos años, vecino, nos reunamos con tan plausible objeto como hoy.

JUAN B.ª Gracias, señora Marta; gracias, vecino Huber... y seais bien venidos con mi querido compadre. (*Dando la mano á Nicolás Bull.*)

NICOLÁS. Nada tengo que deciros, Kéller: somos amigos hace cuarenta años, y conoceis perfectamente cuáles son mis sentimientos respecto á vos.

JUAN B.ª Es verdad.—No tengamos de pié á nuestra amable vecina, que parece fatigada. (*Acerca una silla á Marta.*)

MARTA. (*Sentándose.*) Fatigada no, pero sofocada sí. Me han contado esta tarde, amigo Kéller, una nueva arbitrariedad del gobernador austriaco, y tengo la sangre convertida en alquitran.

TOMÁS. Vamos, señora Marta, que ya debemos estar acostumbrados á esas cosas y no reparar en ellas.

MARTA. No reparar en ellas!... Pues ¿os parece, señor Huber, que se pueden aguantar las rapiñas y las tiranías de que somos víctimas los friburgueses?... Pero bien merecidas las tenemos por no seguir los ejemplos de Urí, de Schwytz, de Unterwalden, y los otros cantones que han sabido romper el yugo y recobrar su libertad, pese á quien le pesare.

JUAN B.ª Señora Marta! Bajo el techo de Juan Bautista Kéller nadie habla mal del gobierno, ni aplaude la insurreccion, por mas que la haya coronado un éxito inmerecido. Los friburgueses constantemente agradecidos á los grandes privilegios que nos dispensó Rodolfo de Habsburgo, por los años de 1274, nos mantenemos fieles y adictos á la potestad del Austria, y no envidiamos su decantada libertad á los cantones confederados.

MARTA. Ya se sabe que sois un siervo del emperador y de cada noble, señor Kéller.

JUAN B.ª ¿Lo decís creyendo afrentarme, señora Marta?

MARTA. Lo digo porque me lleva el demonio cuando os oigo hacer alarde...

NICOLÁS. Paz, vecinos, paz! Y no se hable mas del Austria, ni de los cantones emancipados.

JUAN B.ª Es que nadie en la Helvecia...

MARTA. En la Suiza, debeis decir, señor Kéller, que ese nombre tiene desde el sangriento bautismo de Morgarten.

JUAN B.ª Yo rechazo la gloria de aquel odioso triunfo! Soy helvecio!... helvecio de buena raza, en la que no hubo jamás rebeldes ni sediciosos.

MARTA. Lo creo: no podian tener vuestra sangre los Guillermos Tells y los...

TOMÁS. Por el glorioso san Juan, vecina: cambiemos de conversacion.

MARTA. Friburgo es el único canton de la Suiza, en el que todavia se nos llama villanos á los honrados labriegos: el único en donde la nobleza puede ser todavia impunemente opresora.

JUAN B.ª *(Colérico.)* Señora Marta! Ya os he dicho...

NICOLÁS. Eh! Pena de no probar esos apetitosos manjares y esos provocativos vinos, el primero que vuelva á mentar al Austria, y á los nobles, y á los insurjentes.

TOMÁS. Aceptado.

JUAN B.ª Es que mi vecina Marta...

MARTA. *(Al mismo tiempo.)* Es que el ganadero Kéller...

TOMÁS. Escuchad! Esa algazara anuncia un aluvion de gente moza.

NICOLÁS. Refugiémonos en la otra sala. *(Se oye algazara de risas y voces.)*

TOMÁS. Y someteremos al fallo de Juan Bautista nuestra disputa sobre la esportacion de quesos.

NICOLÁS. Corriente.

VOZ. *(Dentro.)* El baile á orillas del arroyo!

JUAN B.ª Sale mi hija que hará los honores á sus amigas.

NICOLÁS. Pues escapemos, porque ya veo á la turba bulliciosa que se nos viene encima.

MARTA. *(A Huber al entrar.)* No puedo sufrir á este aristócrata plebeyo!

JUAN B.ª *(Lo mismo á Bull.)* Me es insoportable esta marimacho revolucionaria! *(Se van por la derecha.)*

ESCENA IV.

IDA, *que sale de lo interior por la izquierda.*—MUJER 1.ª—MUJER 2.ª—ANTONIO.—EL PASTOR.—OTROS PASTORES Y ZAGALAS, *que entran por el fondo.*

IDA. *(Aparte.)* Aparentemos serenidad.

MUJ. 1.ª *(Entrando con los otros interlocutores de la escena, todos en tropel, y ellas con ramilletes en las manos.)* Buenas noches, Ida. No entramos aquí sino para sacarte de entre estas paredes de madera. Las orillas del arroyo están deliciosas. Ven: ven y verás qué luna tan clara y qué noche tan apacible.

ANTONIO. Tenemos dos músicos que nos toquen el ranz de las vacas.

PASTOR. Y danzas para que bailemos.

MUJ. 1.ª Ya ves! hay á nuestra disposicion los mejores bailarines de la comarca. Yo me apropio este. *(Enlaza su brazo con el de un pastor.)*

MUJ. 2.ª Yo tomo por pareja á Roberto.

MUJ. 1.ª Y tú, Ida, ¿con quién quieres bailar?

PASTS. Conmigo!

ANTONIO. Conmigo, que la convidé desde esta mañana.

PASTOR. Yo la ayudé á coger las flores y á hacer los ramilletes.

MUJ. 1.ª Vamos! Escoge! Todos estos galanes aspiran á tu eleccion.

MUJ. 2.ª *(Mirando al fondo.)* Y otro mas! Otro mas! Aquí teneis á Arnoldo Késsman.

IDA. Arnoldo!

ESCENA V.

Los mismos.—ARNOLDO KÉSSMAN *por el foro.*

ANTONIO. *(Ap. con despecho.)* Maldito!...

MUJ. 1.ª Llegais á buen tiempo, Arnoldo: dadle el brazo á Ida, pues claro está que os prefiere, y corriendo, corriendo todos á las márgenes del

Neirivue á bailar hasta la hora de la cena. *(Se va corriendo.)*

MUJ. 2.ª Sí! Sí!

ANTONIO. A quien primero llega! *(Se van todos alegremente y con algazara, menos Ida y Arnoldo.)*

ESCENA VI.

IDA.—ARNOLDO.

ARNOLD. Esperad un momento, Ida.

IDA. Sois el último que habeis venido, Késsman.

ARNOLD. Ya sabeis que me hallo esclavo: que estoy sujeto al hombre mas adusto y mas intratable que existe en Helvecia.

IDA. Salid de su casa! Dejad para siempre á ese odioso conde de Montsalvens, de quien todo el mundo habla mal. ¿Os parece justo que además de tener que sufrir las tiranías de mi padre, nos hayamos de someter á los caprichos de vuestro rudo señor?

ARNOLD. Para asistir á la velada, he tenido que fugarme del castillo: el Conde no me hubiera dado permiso; pero no puedo salir de su casa, amada Ida; no puedo... porque me moriria de hambre... No tengo en la tierra otra proteccion que la suya, que es por cierto bien amarga.

IDA. Qué desgracia, Arnoldo!... Oh! Sí! Somos muy desgraciados!

ARNOLD. Mientras posea vuestro corazon, Ida; mientras crea que me amais, no trocaria mi suerte por la del mismo emperador.

IDA. Pero ¿no es una gran desdicha, Arnoldo mio, no alcanzar la esperanza mas remota de unirnos algun dia con un lazo eterno?

ARNOLD. Ida!... Ese atroz pensamiento es el que graba esta palidez en mi frente y estos surcos en mis mejillas.

IDA. Aquí mismo me ha dicho mi padre, hace pocos momentos, que jamás consentirá...

ARNOLD. Lo sé: lo adivinaba... pero si os pierdo no seré largo tiempo desgraciado; no! la muerte

lo acaba todo, y le es permitido morir á un pobre huérfano que no le hace falta á nadie, y por nadie será llorado.

IDA. *(Con tono de reconvencion.)* Késsman!... Vuestra vida es mi vida. No debia haberos mencionado la oposicion de mi padre: os desalentais al momento, os desesperais por cualquier cosa...

ARNOLD. Por cualquier cosa! No, Ida, no creais que tengo un corazon pusilánime: no creais que me faltaria valor para todo lo que no fuera renunciar á vos...

IDA. Pues bien! no desmayemos, amigo mio: Dios es grande y es misericordioso.

ARNOLD. Yo soy pobre; lo seré siempre, y teneis un padre codicioso... un padre que declara altamente que la primera cualidad que exijirá en su yerno es el ser acaudalado.

IDA. No lo niego: pero escuchad, Arnoldo. Si mi padre es codicioso, tambien es vano; y como habeis nacido noble...

ARNOLD. Noble! Decis que he nacido noble!... quién lo sabe? Es cierto que esa voz circula hace algun tiempo entre las gentes de Neirivue, y que el Conde suele decirme cuando me riñe.—Arnoldo, eres muy inclinado á la canalla, y debes correjirte, porque llevas en tus venas sangre muy ilustre.—Pero yo, Ida, no conocí á mis padres: desde muy niño me hallé recojido, como por caridad, en el castillo de Montsalvens, y por mas preguntas que hago al Conde y á sus antiguos servidores, jamás he podido averiguar otra cosa sino que soy huérfano... y que nada poseo!

IDA. Sabed, Késsman, que no falta quien piense que sois hijo natural del mismo Conde de Montsalvens... pero yo no lo creo, no: vos tan hermoso y tan bueno, no podeis tener por padre á aquel hombre tan feo y de tan mala índole.

ARNOLD. Tambien estoy seguro, porque me lo dice mi corazon, de que ningun vínculo de la sangre me une con mi señor: mas hablemos de vuestro padre. Decidme francamente... decídmelo, aunque me destroceis el alma: ¿os ha declarado

formalmente que jamás permitirá nuestra union?

IDA. Es cierto, asi lo ha dicho el cruel: pero no os aflijais, amigo mio: atended! yo abrigo en el fondo de mi alma cierta grata esperanza.

ARNOLD. Ninguna! No hay ninguna! Necesito oro y no puedo tenerlo!

IDA. Sabed que siente mi padre fanática veneracion por los grandes, y el Baron de Charmey sobre todo, le inspira mucho respeto y no menor cariño.

ARNOLD. Pero ¿qué hacemos con eso?

IDA. El Baron es muy afable; me ha demostrado siempre un afecto de hermano...

ARNOLD. Hay quien sospeche que es de otra naturaleza el sentimiento que le inspirais, y que no está muy remota de la ambiciosa mente de vuestro padre, la lisonjera esperanza de veros Baronesa algun dia.

IDA. Eso es mentira! no lo creais! El señor de Charmey se halla muy ageno de pensar en una humilde plebeya: pero me quiere, porque me conoce desde pequeñita, y mi madre fué su niñera antes de casarse. Mirad, Késsman; la última vez que estuve con mi padre en el castillo de Charmey, me dijo el Baron muy bajito, en el momento en que nos despedíamos: — Ida, sé que hay un gallardo mancebo que delira por tus ojos, y que no le peta mucho al papá: cuenta con mi mediacion si fuere necesaria.

ARNOLD. Os dijo eso?

IDA. Me lo dijo, Késsman; y su mediacion es muy poderosa.

ARNOLD. No, Ida, no tengo esa esperanza. El oro! Solo el oro me recomendaria suficientemente á los ojos de vuestro padre!

IDA. Maldito sea el oro!

ARNOLD. Ah! no podeis imaginar por qué rabiosa sed de ese metal siento devorada mi alma. Daria mi vida por un solo dia de riqueza, porque ese dia, Ida, lo pasaria en vuestros brazos. Dios mio! perdonadme! pero hay momentos, y este es uno de ellos, en que pagaria el dinero á precio de mi salvacion.

IDA. No digais eso, Arnoldo: oh! no digais eso nunca!

ARNOLD. Bien sabeis que no soy un impio; que está animada mi alma por sentimientos religiosos: *(Tomando sus manos.)* pero pierdo el juicio á vuestro lado, y me parece entonces que os prefiero á todo... á todo sin escepcion! La gloria sin vos no seria para mí gloria, y el mismo infierno si os encontraba en él, se me convertiria en paraiso!

IDA. Arnoldo!

ARNOLD. *(Con pasion.)* No sabeis cómo os amo! no lo sabeis, Ida! *(Aparece Juan Bautista y se detiene mirándolos.)*

ESCENA VII.

Los mismos.—JUAN BAUTISTA.

IDA. Ah!... mi padre.

ARNOLD. Cielos!

JUAN B.ª ¿Es asi como cumples las órdenes que te he dado, hija desobediente?... Y vos, rapaz temerario! ¿es asi como correspondeis á la franca hospitalidad que os ofrezco en mi casa?... Ni una palabra! no quiero escucharos ni una palabra; y atended á las mias, señor Arnoldo, para que os eviteis el sonrojo de veros espulsado ignominiosamente del hogar tranquilo á que os habeis llegado para sembrar la discordia entre un padre y su única hija.

ARNOLD. Señor Kéller...

JUAN B.ª Tened entendido que es esta la última vez que sentais vuestras plantas en este suelo: que por no dar un escándalo, no os echo ahora mismo á la calle, como estoy tentado de hacerlo; pero que os prohibo desde ahora para siempre el traspasar mis umbrales.

IDA. Padre!...

JUAN B.ª Silencio! *(A él.)* Sabed que mi hija es bocado muy gordo para vos: que no la he ganado una dote, de las mejores del lugar, para que mateis con ella vuestra hambre envejecida.

ARNOLD. Oh! esto es demasiado!

JUAN B.ª Es lo que mereceis, señor pelagatos.

IDA. Padre mio! Cesad en nombre del cielo; ved que vienen á esta sala.

JUAN B.ª *(A Arnoldo.)* Lo dicho dicho.

ESCENA VIII.

Los mismos.—MARTA.—NICOLÁS BULL.—TOMÁS HUBER.

NICOLÁS. *(A Huber al salir.)* Repito otra vez que el precio de los cereales este año... hola! compadre Kéller, ¿os habeis venido tambien cerca de la mesa?

JUAN B.ª Me parece que es hora de que hagamos colacion, amigos mios.

MARTA. Por mi parte...

TOMÁS. Pero ¿y la turba juvenil?...

JUAN B.ª Ida irá á llamarla.

MARTA. No es menester; oigo el ruido con que se anuncia.

ESCENA IX.

Los mismos y toda la gente de la escena IV.

MUJ. 1.ª Jesus! Qué cambio tan repentino!

ANTONIO. No ví otro igual en mi vida.

JUAN B.ª ¿Qué sucede, hijos mios?

MUJ. 1.ª Que estábamos bailando en la pradera, con la noche mas serena que se haya visto en la Helvecia, y de repente se ha cubierto la luna, se ha encapotado el cielo, ha empezado á silbar el viento...

MUJ. 2.ª Y los truenos... oid cómo braman sordamente.

ANTONIO. La tempestad se desata como un toro furioso.

PASTOR. Se ha puesto la noche como boca de lobo.

JUAN B.ª Tales mudanzas no son estraordinarias en nuestro clima: felizmente no hay que temer en esta estacion una avalancha peligrosa; y pues nos encontramos bajo de un buen techo, al abrigo de

la inconstancia del tiempo, sentémonos á la mesa, amigos mios, y regalémonos con esta sencilla refaccion.

NICOLÁS. A ello!

JUAN B.ª *(Designándole una silla.)* Vos aqui, compadre Bull.

TOMÁS. Yo me encargo de colocar á nuestra vecina Marta.

JUAN B.ª Eh! tome cada cual el sitio que le acomode. Nada de ceremonia: franqueza y alegria.

MUJ. 1.ª Ida en esa cabecera con Arnoldo. *(Señala la izquierda.)*

IDA. *(Bajo á Arnoldo.)* Venid! No importa que se enfade: nuestra situacion no se puede empeorar. *(Se sienta: á su lado Arnoldo.)*

ARNOLD. Oh Ida! tengo la muerte en el corazon.

IDA. Disimulad por Dios.

JUAN B.ª Ese pastel, compadre Bull: es de liebre.

NICOLÁS. Ya estoy descubriendo al enemigo, amigo Kéller.

TOMÁS. Las copas todas: hagamos el primer brindis.

ANTONIO. En honor del rico ganadero!

JUAN B.ª No, amigos, en honor primero de su glorioso patron san Juan Baustista.

ANTONIO. Aqui está mi copa. *(Todos en pié.)*

MARTA. Y la mia.

TODOS. Y todas.

JUAN B.ª Ea, señores! Chocar las copas, y á la gloria del santo, hasta ver el fondo. *(Varias voces, y chocan las copas.)* A la gloria del Santo!

ESCENA X.

Los mismos.—EL BARON DE CHARMEY, *que entra de pronto haciendo sonar su látigo, y en trage de montar: suelta su capa en la puerta.*

BARON. Y á la mia, papá Kéller.

JUAN B.ª El señor Baron de Charmey!

BARON. El mismo en persona. *(Se apodera de una silla y se sienta en la cabecera opuesta á la que ocupa Ida.)* No os molesteis por mí, buenas gentes;

volved á ocupar vuestros asientos, y continuad divirtiéndoos como mejor os plazca.

JUAN B.ª Tanto honor...

BARON. Ya lo ves, mi rollizo Kéller; vengo en busca de la parte de refaccion que te encargué me reservaras. *(Parte un trozo de pastel y come y bebe: los convidados se van sentando.)*

JUAN B.ª *(A los otros.)* Qué afabilidad! Qué llaneza!

MARTA. Es el único noble campechano.

BARON. Quiero asegurarme por mí mismo, si es cierto como se asegura, que posee Juan Bautista los mejores quesos y los mas añejos vinos del pais. —Este pastel es un bocado de Rey.

JUAN B.ª Remójelo su señoria con esta copita.

BARON. *(Tomando la copa y levantándose.)* Bendita sea por el glorioso san Juan la rosa de Neirivue, la estrella del Molesón, la perla de las doncellas! Brindo por Ida Kéller!

NICOLÁS. Todos hacemos la razon á su señoria. *(Beben todos, de pié.)*

JUAN B.ª Eh! zagales! Id á traer al instante nuevos manjares y mas vino... cuanto exista en mi bodega, si es posible.

BARON. No hagas tal, despilfarrado; no hagas tal: los restos de tu colacion bastarian para abastecer por muchas semanas la Cartuja de Val-Sainte, fundada por mi digno abuelo el Baron Gerardo de Corbieres. Bebo segunda vez á la salud de los presentes, y particularmente por la persona que sea mas grata, entre todas, á los bellos ojos de Ida Kéller.

IDA. Os ha mirado, Arnoldo.

ARNOLD. A vos es á quien mira demasiado.

BARON. Ya ves que soy fiel á mi palabra, papá Kéller. —Esta torta es esquisita.—He venido á tomar parte en tu fiesta, Dios sabe desde qué distancia! Casi he reventado á mi soberbio alazan. Y el tiempo no es por cierto de los que provocan á viajar. Mala noche hace para los que intenten *la velada del helecho en el camino de Evi!* Nosotros velamos tambien, pero debajo de techo, al rededor de una mesa bien provista, y fiados á la proteccion especial del bienaventurado Bautista.

JUAN B.ª Me pasma que tenga noticias vuestra señoría de la velada del helecho: creia que solo nosotros los campesinos, conocíamos esa y otras tradiciones vulgares.

TOMÁS. Permitidme observar, vecino Kéller, que la costumbre á que aludis ha dejado de existir hace mucho tiempo; y tan es asi que algunos de los jóvenes presentes no la conocerán ni de oidas.

ANTONIO. Yo sí.

MARTA. Yo tambien, y no soy vieja. Os puedo asegurar, señor Huber, que sé de mas de dos personas que han hecho la tal velada en los años anteriores, y me parece que no faltará algun desesperado que la intente en este, á pesar de la tempestad que aumenta los horrores del camino de Evi.

JUAN B.ª ¿Conoce vuestra señoría las particularidades de la tradicion que ha dado oríjen á la velada de que se habla?

BARON. Mejor sin duda de lo que crees... pero te escucharé con gusto si quieres referirme lo que sabes de ella. Tengo grandísima aficion, y singular respeto, por las antiguas tradiciones.—Esta nata es de lo mejor que he paladeado en mi vida!

JUAN B.ª No sé, ni creo que pueda saber nadie, de qué tiempo data la popular creencia de que la víspera de mi santo, cuando el helecho—planta hija de las sombras y de la humedad—cubre con su verdor los ásperos bordes del espantoso precipicio que llaman los de la tierra *camino de Evi*, á la hora de media noche aparece en aquel sitio cierto ser maléfico, que escuso nombrar, y mediante algunas condiciones enriquece cada año á aquel ó aquellos á quienes encuentra velando el helecho en aquella profundidad tenebrosa, que parece efectivamente una de las bocas del infierno.

BARON. *(Comiendo siempre y bebiendo.)* ¿Y no se dice cuáles son las condiciones?

JUAN B.ª Solo se asegura que debe mediar la entrega de no sé qué prenda; pero algunos son de opinion que la tal prenda debe ser una escritura con la que pueda probar el donador, á su debido tiem-

po, la compra que hace de aquella pobre alma.

MUJ. 1.ª Dios mio! ¿luego se condenan para siempre los que reciben el donativo?

NICOLÁS. El diablo no regala nunca, niña mia, solo hace cambios en provecho propio. Cualquiera que acepta los dones de aquel perverso espíritu, queda esclavo suyo por toda la eternidad.

BARON. Yo no lo entendia así: pensaba que ese donativo anual era un castigo impuesto por Dios á Satanás, para obligarle á ser generoso á su despecho, y á festejar el dia del precursor del Mesías. Tengo razones para creer que la prenda que exije, solo es para presentarla ante el trono del Supremo Juez, probando con ella que ha cumplido su sentencia.

MUJ. 2.ª Ah! si es así...

NICOLÁS. El señor Baron de Charmey hace demasiado honor al demonio, cuando presume que desempeña con tal fidelidad las comisiones del Altísimo. Sabido es que aquel maligno enemigo de nuestras almas, es un rebelde pertináz; y si alguna vez nos dispensa aparentes beneficios, no cabe duda en que lo hace por cuenta propia y seguro de resarcirse con usura.

JUAN B.ª No veo en la tal tradicion sino un cuento de viejas.

TOMÁS. Nadie que yo sepa, ha recibido hasta ahora el tal donativo del diablo.

ANTONIO. Es verdad que la tia Andrea pasó en el camino de Evi toda la noche, víspera de San Juan hace dos años, y solo sacó de allí una pulmonía que se la llevó á la sepultura.

JUAN B.ª Bien merecida.

PASTOR. Y el pastor Lami ha hecho la velada tres años seguidos, y tan pobre se está como se estaba.

JUAN B.ª Por supuesto.

MUJER. Jesus María! ¿Conque hay quien desee el oro hasta de la mano del demonio?

NICOLÁS. Dios nos preserve! pero por desgracia es cierto que no faltan gentes que no reparan en nada cuando tratan de enriquecerse, y si algunas no se venden al diablo es porque no quiere comprarlas por el precio en que se estiman.

IDA. Qué teneis, Arnoldo?

ARNOLD. Yo?... nada!... nada!...

BARON. Es cosa estraña que los poseedores de la tradicion no conozcais ningun hecho que lo acredite, y que yo pueda atestiguar su verdad con un ejemplo muy respetable. *(Se levanta.)* He comido por diez, papá Kéller. *(Todos se levantan tambien, menos Arnoldo que parece abismado en sus pensamientos.)*

MARTA. ¿Conque sabe vuestra señoría...

BARON. Sé de una persona que recibió real y efectivamente el donativo del diablo.

MUJ. 1.ª ¿Quién fue?

ANTONIO. ¿Nos contará su señoría esa historia?

MUJ. 2.ª Sí! sí! cuéntela el señor Baron para que sea completa la velada. *(Todos cercan al Baron, que arrastra un sillon al medio del proscenio, y se arrellana en él.)*

NICOLÁS. Todos nos alegraríamos de saberla.

TOMÁS. Solo un hecho atestiguado por el señor Baron, podria convencerme de que no es una patraña ridícula la tal tradicion.

JUAN B.ª Llégate, Ida. El señor de Charmey vá á referirnos el hecho que ha mencionado.

IDA. *(A Arnoldo, que se levanta maquinalmente y se deja caer en seguida en otra silla que estará á la izquierda del Baron, casi en línea recta con la que él ocupa, pero á distancia.)* Acercaos tambien, Arnoldo.

BARON. Si todos os empeñais...

VOCES. Sí! sí!

BARON. Pues bien, prestadme atencion: no seré difuso: *(Tose, y todos se apiñan al rededor con muestras de viva curiosidad: solo Arnoldo permanece sentado; pero despues de las primeras palabras del relato del Baron, se pinta en el semblante del paje la atencion con que lo escucha, y el interés que despierta en su alma.)* Mi abuela, que Dios tenga en su gloria, señora de cuya veracidad no nos es dable admitir ni un átomo de duda, *(Todos hacen un movimiento de aprobacion.)* referia gravemente que en tiempo de su mocedad tuvo una amiga llamada Emma...

MUJER. ¿Emma?

BARON. Espero que me dispensareis de decir los nombres de familia. La tal Emma amaba apasionadamente al doncel Arturo; pero Arturo era muy pobre, y el padre de Emma no pecaba por desprendido.

JUAN B.ª Los padres tienen la obligacion de mirar...

BARON. Luego hareis reflexiones, papá Kéller: dejadme continuar ahora mi interesante relato.

JUAN B.ª Continúe vuestra señoría: no volveré á interrumpirle.

BARON. El padre de Emma se negó redondamente á conceder al enamorado Arturo la mano de su adorada, y llegó al estremo de ofrecérsela á un ricacho á quien la novia aborrecia cordialmente. Siempre paran en esto los padres de aquel jaez: despues de contrariar la voluntad de sus hijas, acaban por doblegarlas á la suya.

IDA. Casarla con otro! eso era demasiado! *(Mira á Arnoldo que escucha atentamente al Baron.)*

BARON. Así lo pensó Emma, pero el padre fué inexorable: la desgraciada boda se preparó con ostentacion, y el infortunado Arturo cayó enfermo de dolor, y casi perdió el juicio.

IDA. Dios mio! *(Vuelve á mirar á Arnoldo.)*

MUJ. 1.ª Qué pícaro padre!

BARON. Hay muchos por el estilo. En tal estado las cosas, llegó al pais en que pasaban, la vieja Margarita, labradora de estas cercanías, y nodriza que fué del infeliz Arturo. Era la víspera del fatal casamiento, y el amante estaba casi moribundo por la violencia de su desesperacion. Perder lo que se ama, es un tormento insufrible! *(Mira á Arnoldo.)* Margarita se acercó al lecho, puso sobre el pecho del jóven su larga y descarnada mano, y le preguntó con sorda voz. Teneis valor? *(El Baron vuelve á mirar á Arnoldo.)* Si solo se necesitase valor para conquistar á Emma... respondió él con desfallecido acento!—No es menester otra cosa, repuso la vieja. Cobrad ánimo, pobre Arturo, y pedidle al Baron que difiera por solo quince dias el enlace que debe verificarse mañana. Era aquella con-

versacion á mediados del mes de Junio..

IDA. ¿De Junio?

BARON. Sin ser rico, dijo Arturo á su nodriza, no puedo alcanzar á Emma, y bien veis que en quince dias, por muy favorable que me fuera la suerte, no es posible enriquecerme. El dia 24 de este mes, respondió la anciana, tendreis mas talegas de oro en vuestras arcas que cabellos en vuestra cabeza; porque aquel que ha de dotaros ha sido llamado, y debe serlo todavía, *Príncipe del mundo.*

MUJ. 1.ª ¡Príncipe del mundo!

BARON. Ningun poderoso de la tierra me ha protejido nunca, dijo Arturo.—Hay poderes superiores á los terrestres, respondió Margarita. Tened fé y valor, y sereis rico! *(El Baron continúa sus miradas á Arnoldo, cuya emocion crece á cada palabra del narrador.)* Quiero obrar como si poseyera la primera, repuso el jóven, y deseo que pongais á prueba el segundo.

IDA. *(Vuelve los ojos hácia Arnoldo, y se estremece al observar la espresion de su rostro. Arnoldo, ciego á cuanto le rodea, escucha al Baron con ardiente avidez, y se va incorporando poco á poco.)* Ay señor Baron! voy sintiendo miedo.

BARON. Arturo era hombre, y no lo tuvo: pidió el plazo; se le concedió, y presentándose á Margarita le dijo: Héme aquí: qué debo hacer? Seguirme, respondió ella.—Adónde me llevais? Tornó á preguntar el amante. En dónde he de hallar los tesoros que me habeis anunciado?—En el camino de Evi, dijo la vieja.—Me habeis hablado de un Príncipe, replicó él. Quién es ese personaje de quien tanto esperais?—Es poderoso, Arturo; todos los hombres nacen siervos suyos.—Pero su nombre? decidme su nombre! exclamó el jóven. Su nombre, respondió la vieja... no tembleis si sois hombre y si sabeis amar... su nombre es Satanás!

IDA. ¡Santa Vírgen!

MUJ. 1.ª ¡Qué horror!

MARTA. Claro está que se trataba de la velada del helecho.

BARON. En efecto: el último dia de aquel mes mi abuela asistió á las nupcias de la hermosa Emma con el muy alto y poderoso Conde Arturo, poseedor de vastísimos dominios en varios cantones de la Helvecia. Aquella enamorada pareja disfrutó muchos años en este mísero mundo toda la felicidad que es posible en él, y debemos esperar piadosamente que el Soberano dispensador de todos los bienes, la haya prolongado mas allá de su vida pasajera; puesto que dieron ejemplo durante aquella, de muchas grandes virtudes; habiéndoles proporcionado el donativo del diablo, poder alegar muchas buenas obras delante de Dios.

NICOLÁS. Sea así como su señoría lo desea; pero que nuestro Divino Redentor nos preserve de anhelar jamás tesoros venidos por semejante conducto.

JUAN B.ª *Liberanos, Domine.*

MARTA. Amen.

BARON. *(Levantándose.)* Amen.

IDA. *(Deteniéndole.)* Arnoldo!... Qué teneis?... Dónde vais?... *(Arnoldo se ha levantado antes que el Baron, como movido por un resorte invisible; y desencajado y fuera de sí se adelanta hácia la puerta. El Baron, que aparenta no ocuparse de él, no pierde ningüno de sus movimientos.)*

MUJ. 1.ª La historia del señor Baron me ha dejado grima: á bailar, Ida, á bailar, para no recordar esas cosas diabólicas.

JUAN B.ª Sí, vamos todos á la otra pieza, que está mas desahogada.

NICOLÁS. Como gusteis.

JUAN B.ª Si el señor Baron se digna...

BARON. Romperé el baile con la preciosa Ida.

IDA. *(Que mira á Arnoldo con creciente zozobra.)* Yo... no... si me permitis...

JUAN B.ª Eh! á bailar, pues, muchachos: hasta yo soy capaz de sacar de sus casillas á mi antagonista la señora Marta, para que hagamos juntos un par de cabriolas.

ANTONIO. El violin! oid sonar ya el violin del pastor Roberto, que nos está provocando!...

MUJ. 1.ª Al baile todos! *(Se va.)*

ANTONIO. Al baile! *(Idem, y con él los demas.)*

IDA. Arnoldo...

BARON. *(Sin dejarla acabar y tomándola por el brazo.)* La música nos llama: la danza va á comenzar.

IDA. Pero...

BARON. En este instante sois mia.

IDA. Os suplico...

BARON. Al baile! Al baile! *(Se la lleva por la derecha, que es por donde se han ido todos.)*

ESCENA XI.

ARNOLDO *queda solo en la escena: de pié, inmóvil, profundamente abstraido, no ha atendido á nada de lo que ha pasado junto á él. Permanece del mismo modo un instante despues de quedar solo: los relámpagos, que se suceden cada vez con mas frecuencia, alumbran á intérvalos la escena con una luz siniestra, y los sordos bramidos del trueno se mezclan de vez en cuando á los acentos del violin y á la algazara del baile.*

Ten valor!... él es llamado Príncipe de este mundo!... Ah!! Por qué están zumbando en mis oidos las palabras terribles que dirijió aquella vieja un siglo hace, á otro amante desesperado como yo?... Potencias del cielo! tened compasion de mí!... apagad para siempre aquel acento tentador!... *(Corre hácia la rinconera en que se vé un roloj de arena.)* Cómo se precipita esa arena!... cómo vuela el tiempo!.. los momentos últimos que puedo pasar cerca de ella!... No verla mas!... renunciar para siempre!... oh! no es posible! Es cien veces mas negro que el infierno este pensamiento atroz!... *Ten valor!... Ten valor y serás rico!* Margarita! Cesa! cesa!.. No lo tengo! No puedo tenerlo! Soy cristiano! *(Se cubre la cara con las manos. El Baron aparece á la puerta por donde antes se ha retirado, y recatándose de ser visto, observa á Arnoldo con maliciosa sonrisa y con visible placer.)* Pronto llegará la noche á la mitad de su curso: la pri-

mer hora que suene en la gran campana de la vecina iglesia, será la hora solemne... la hora precisa... Si la dejo pasar, toda esperanza es perdida! *(Suenan las doce en la campana de la Iglesia.)* Ah!! *(Se marcha desatentado á la primera campanada.)*

BARON. Perfectamente! *(Se pone precipitadamente la capa que soltó al entrar, y sale en pos de Arnoldo. Un relámpago ilumina en aquel momento la escena, y continúa sonando la campana hasta que cae el telon.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El mismo salon del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

Ida *sentada y en actitud pensativa.*

Cuatro dias sin verle... sin saber de él!... Cuatro dias eternos de amargas aprensiones y de presentimientos infaustos!... Oh! no puedo esplicarme á mí misma todo lo que temo, todo lo que siento... pero mas valdria morir que soportar por mucho tiempo las crueles zozobras que me están devorando.

ESCENA II.

Ida.—Antonio.

Antonio. *(Entrando presuroso.)* Señorita Ida...
Ida. Qué me quieres, Antonio?
Antonio. Vuestro padre acaba de comprarle al señor Huber su hermosa viña de Albeuve: el trato se ha celebrado ahora mismo en la taberna del Halcon coronado.
Ida. *(Sin dejar su actitud.)* Bien está.
Antonio. Como el señor Kéller es tan campechano en todas sus cosas, convenido apenas con Huber, dijo en campanuda voz, puesto de pié en la mi-

tad de la sala:—Amigos! haced que corra por el lugar la noticia de que hoy adquiero otro terron de tierra, para aumentar la dote de mi hija, y que la escritura de venta se firmará en mi casa dentro de una hora, con asistencia de todos los que quieran presenciar el acto y beber un trago á mi salud!

IDA. ¿Con que vendrán gentes?

ANTONIO. De fijo. Ya voy á sacar un tonel de la bodega, segun me ha prevenido el ganadero. *(Hace que se va y vuelve.)* Ah! ¿Sabeis otra noticia, señorita Ida?

IDA. ¿De compras de mi padre?

ANTONIO. No; la otra noticia es relativa al paje Arnoldo Késsman.

IDA. *(Levantándose.)* ¿A Arnoldo?... ¿Cuál es? Dila pronto.

ANTONIO. Roberto queria pedirle prestado su lebrel para una cacería que van á tener mañana, y fué ayer con dicho motivo al castillo de Montsalvens...

IDA. ¿Y qué?...

ANTONIO. Y supo allá que el paje se ha ido, no se sabe donde: el caso es que no se halla ya en el castillo.

IDA. ¡Cielos!... ¿Que no se halla en el castillo?

ANTONIO. Lo dijeron así todos los servidores del Conde; pero ignoran su paradero actual. Roberto se ha afanado en balde por descubrirlo, á causa del lebrel; pues hasta estuvo en Charmey esperando le prestase el Baron alguno de los suyos, puesto que es un caballero tan generoso, tan llano: pero tambien el señor de Charmey se encuentra ausente, y Williams no se ha atrevido á disponer de los perros sin permiso de su amo.

IDA. ¿Con que Arnoldo no se halla en el castillo?... Antonio! ¿Podrás ir tú mismo á Montsalvens?

ANTONIO. ¿Yo?

IDA. Para indagar desde cuando falta Késsman de la casa del Conde... y todo lo que sepan aquellas gentes, y todo lo que infieran.

ANTONIO. Pero...

IDA. Mira, Antonio, que me va en ello la vida: hazlo por compasion de la pobre Ida!

ANTONIO. Esta tarde enhorabuena, mas ahora ya conocereis que es imposible. Los otros pastores están con el ganado, y yo tengo que ir á avisar al notario para que venga á estender la escritura de venta, y que estar aquí luego para servir á los concurrentes.

IDA. Oh! No puedo esperar hasta la tarde en esta atroz incertidumbre: iré yo misma...

ESCENA III.

Dichos.—MARTA, *que entra en el momento en que vá á salir Ida, teniendo un cesto en el brazo, y depositándolo al entrar en la silla mas cercana.*

MARTA. Buenos dias, Ida. ¿A que no sabeis de donde vengo?.

IDA. No, ciertamente...

MARTA. Ya lo creo: es imposible que lo adivinárais. Pues sabed que he estado en el *camino de Evi*..

ANTONIO. ¿Vos, señora Marta?

MARTA. En persona: no digo que haya atravesado aquella ruta peligrosa, en la que jamás se atreve á penetrar el pastor mas atrevido, sin recibir antes la bendicion del cura y ser rociado con el hisopo; pero he estado á la entrada: me he asomado por la estrecha boca de aquel oscuro sendero, y he oido la pavorosa voz del torrente que muje incesantemente allá en el fondo del hondo precipicio. No era yo sola: varias personas del pueblo han acudido ayer y hoy, atraidas por la curiosidad.

IDA. ¿Curiosidad de qué?

MARTA. De lo que se dice en estos dias.

IDA. Pues ¿qué se dice, señora Marta?

MARTA. Cómo! ¿no lo sabeis?...

ANTONIO. Es verdad! se me habia olvidado contárselo: como desde el dia de san Juan apenas se os ha visto la cara, señorita Ida.

IDA. Pero ¿qué se dice? qué?...

MARTA. Vaya! que á pesar de lo que aseguraba la noche de la velada el ganadero Tomás Huber, que

aparenta saberlo todo, y que no sabe nada, se realizaron mis pronósticos, como sucede siempre: que hubo quien velase el helecho, y que el diablo...

ANTONIO. *(Santigüandose.)* La Vírgen santísima nos defienda de él!

MARTA. Y que el diablo no se ha olvidado de hacer su visita acostumbrada.

IDA. ¿Qué decis?...

MARTA. Pues si no se habla de otra cosa, criatura?

ANTONIO. Ayer sobre todo: pero la señorita Ida no salió ayer de su alcoba.

IDA. En nombre del cielo, referidme!...

MARTA. Escuchad: el leñador Mateo, que como sabeis tiene su choza no distante del *camino de Evi*, lo habia atravesado aquella tarde viniendo de la montaña, y conduciendo en hombros alguna leña que dejó depositada á la salida de la ruta. Allí la tuvo parte de la noche esperando la claridad del dia para trasportarla á su casa, segun otras veces lo ha hecho; pero cuando se declaró la tempestad, y vió que comenzaba á llover, no quiso dejar que se le mojase su leña, y aunque con bastante repugnancia de aproximarse en tal noche y á tales horas al funesto lugar de la aparicion del maligno, arrostró por todo y fué á recojerla. Cargándola estaba, cuando oyó sonar las doce en la gran campana de la parroquia de Neirivue, y soltó la leña aterrorizado, retrocediendo muchos pasos y santigüándose con la mayor devocion.

ANTONIO. Con solo hacer la señal de la cruz, no haya miedo de...

IDA. Proseguid, Marta.

MARTA. Apartado algun trecho de aquella boca de la ruta, comenzó el leñador las letanias de la Santísima Vírgen, esperando á que hubiese pasado la hora tremenda para volver por su carga; pero he aqui que mientras recita su oracion, llega de repente á sus oidos rumor cierto de precipitados pasos.

IDA. ¡Santo Dios!

MARTA. Y vé, á la siniestra luz de los relámpagos, que

un hombre desatentado, con el cabello herizado, con las manos trémulas y estendidas hácia adelante, se precipita con sordo grito, por la angosta garganta que se suspende sobre el precipicio.

IDA. ¡Un hombre!

ANTONIO. Muy jóven, segun asegura el leñador.

MARTA. El torrente ahogaba con sus bramidos el ruido de las pisadas de aquel infeliz desesperado, y Mateo lleno de compasion y de pavura, iba á alejarse con prisa del tenebroso sitio, cuando vió aparecer de improviso otra figura espantosa.

IDA. ¡Otra!

ANTONIO. Era el demonio, señorita Ida: el mismísimo demonio!

MARTA. El fantasma, ó lo que era, se lanzó tambien precipitadamente por la pavorosa abertura.

IDA. ¡Ah!

ANTONIO. Y un insoportable olor de azufre se difundió en el momento por todas las cercanías.

MARTA. Cayó en el mismo instante un rayo, que tronchó la secular y solitaria encina que guareciera á Mateo algunos minutos antes.

ANTONIO. Y dicen que el torrente se enfureció, como si quisiera tragarse al mundo.

IDA. *(Con ansiedad.)* ¿Y qué mas?... ¿Qué mas habeis oido?

MARTA. Al dia siguiente se veian marcadas las huellas de los piés del hombre sobre el húmedo helecho, y no falta quien asegure que tambien se distinguian las fatídicas señales de las diabólicas plantas, que parecian ser á manera de pezuñas.

IDA. ¡Lo que contais es horrible!...

MARTA. Ciertamente.

ANTONIO. Se espeluzna uno al escucharlo.

IDA. Pero...¿no se sabe... no se sospecha, quién haya sido el desgraciado que osó aspirar al funesto donativo?

MARTA. No hay una persona del lugar que no jure por Dios y su conciencia, no haber tenido la menor tentacion de cometer tal delito.

ANTONIO. Lo que es yo, estoy bien seguro de que no pa-

recerá mas el que ha osado perpetrarlo. Entre aquellas tinieblas, con tan deshecha tempestad, y con la compañía que se le supone, es mas que probable que aquel pobre insensato haya ido á recojer los tesoros del maligno en lo profundo del torrente.

IDA. ¡Dios mio! ¡Dios mio!

MARTA. ¡Eh! no os afecteis tanto, hija mia: dejad que los temerarios y los codiciosos lleven su merecido. Y hablando de otra cosa,—sé que ha comprado Kéller la viña de Tomás Huber. Os doy la enhorabuena, Ida, y no dejaré de asistir á la celebracion de la escritura; ya me han convidado á nombre de vuestro padre.

ANTONIO. Yo voy ahora á llamar al escribano.

MARTA. Y yo á llevar esos panes á la pobre vieja Catillon Muller, que está enferma hace tres semanas. *(Coje su cesto.)* Adios, Ida; no tardaré mucho.

ANTONIO. Dejadme ese cesto, señora Marta: no es razon que habiendo aqui un hombre, os tomeis vos semejante molestia.

MARTA. ¡Bah! si esto no pesa una pluma.

ANTONIO. No importa; iré con vos hasta la puerta de Catillon.

MARTA. Si os empeñais... *(Le da el cesto.)* Hasta la vuelta, Ida. *(Se van.)*

ESCENA IV.

IDA.—JUAN BAUTISTA.

IDA. ¡Qué es de Arnoldo, santo Dios! ¿Qué es de Arnoldo? *(Se deja caer en una silla: momento de silencio.)*

JUAN B.ª *(Dejando su gorra)* ¡Ea, niña!... ¿todavía triste? ¿todavía llorosa?

IDA. ¡Padre! *(Se levanta trémula.)*

JUAN B.ª ¿Qué diablos puedo hacer para divertirte? Habla y serás complacida: tu padre no es un tirano ¡voto á brios! ¿Quieres que te prepare una fiesta en las faldas de la montaña? ¿Que marche hoy

mismo á Friburgo para comprarte un rico aderezo de gran señora?

IDA. No quiero nada de eso, padre mio.

JUAN B.ª ¡Pues! nada de eso; pero sí estarme fastidiando con suspiros y con lágrimas contínuas. ¡Por vida de!... *(Se sienta.)* No parece sino que se ha desplomado el mundo, desde que le dije á aquel botarate que no pisase mas mis umbrales.

IDA. ¡Ah!... ya veis que os obedece.

JUAN B.ª ¡Digo! ¡Podria no hacerlo!... ¡Ida! ¡Ida! Ese loco amor te ha consumido los sesos, y es menester esforzarse para tornar á ser razonable.

IDA. Lo que tengo es el corazon desgarrado.

JUAN B.ª ¡Tonta! ¿No hay mas hombre que el tal barbilucio? ¿No tendrás novios á escojer, entre los mas bizarros y los mas ricos mancebos de todos los pueblos del contorno?

IDA. ¡Ricos!... Esa será la única ventaja que tendrán sobre Késsman.

JUAN B.ª ¿Y te parece poca?

IDA. ¡Aciago oro!... ¡Cuántos males puede acarrear en el mundo!

JUAN B.ª Tambien proporciona muchos bienes. Vamos, déjate de niñadas, y vé á adornarte un poco; pues espero á mis vecinos, y no me place que te vea nadie con esos ojos encendidos, y esa cara angustiada; sino hermosa y risueña, como acostumbras.

IDA. La risa no puede morar ya sobre mis lábios, ni la alegría en mi pecho.

JUAN B.ª *(Dando un puñetazo en la mesa, cerca de la cual se ha sentado.)* ¡Por san Juan!...

IDA. ¡Oh padre mio! Si supiérais lo que estoy padeciendo en este instante!...

JUAN B.ª Porque te se antoja... porque te has encaprichado en querer locuras...

IDA. Me tendríais lástima, por poco que me amáseis, padre mio... me tendríais lástima, si leyéseis en mi alma!

JUAN B.ª *(Algo conmovido.)* ¡Vamos!... no dices mas que disparates. Bien sabes que te amo... cien veces mas que nadie, voto á cribas!

IDA. ¿Y me habeis quitado toda esperanza? ¿y habeis

podido amándome, hacerme tan infeliz, rechazando á Arnoldo con tan atroz rudeza?

JUAN B.ª ¡Eh! ¡Que trabaje! ¡Que adquiera! Que se haga merecedor de lo que pretende, si quiere ser acojido.

IDA. Vos no lo habeis estimulado, padre: lo tratásteis de tal modo, que quién sabe á estas horas... ¡quién sabe cuáles serán las consecuencias de su amarga desesperacion! *(La puerta se abre y entra Késsman vestido con magnificencia, pero con aspecto sombrio.)*

ESCENA V.

Los mismos.—ARNOLDO KÉSSMAN.—JUAN BAUTISTA.

JUAN B.ª ¡Qué veo!... ¡Él aquí!

IDA. ¡Ah!! *(Corriendo á él.)* ¡Késsman!... *(Al llegar á él se detiene y le mira asombrada.)*

JUAN B.ª *(Aparte mirándole tambien sorprendido.)* ¡Arnoldo en ese traje!

IDA. *(Aparte.)* ¿No es un sueño?

ARNOLD. *(Adelantándose adonde está Kéller, con visible turbacion.)* Señor Kéller: deseo hablaros un momento.

JUAN B.ª Bien. *(Aparte.)* Estoy como quien ve fantasmas.

ARNOLD. Ida... pareceis muy agitada... respirad un poco el aire libre... quisiera quedar solo con vuestro padre.

IDA. Késsman!...

JUAN B.ª Salte á fuera un instante, hija mia.

IDA. *(Aparte al irse..)* ¿Qué significa todo esto, Dios eterno!... mi corazon se ha helado en el primer impulso de su alegria. *(Se retira mirando siempre á Arnoldo.)*

ESCENA VI.

ARNOLDO KÉSSMAN.—JUAN BAUTISTA.

JUAN B.ª Solos estamos ya, señor Késsman: ¿qué teneis que decirme?

ARNOLD. *(Despues de un momento de turbacion.)* Vengo á pediros la mano de vuestra hija.

JUAN B.ª Hum!... ¿qué decís?... creo que habré entendido mal. Sin duda no habeis dicho que me demandais á Ida.

ARNOLD. *(Balbuciente.)* Sí, señor... eso es lo que he dicho... y lo que anhelo con ardor.

JUAN B.ª Es natural que lo anheleis. Ida es hija única de un hombre que puede alfombrar con sus quesos todo el camino desde Neirivue hasta la cumbre del Molesón; pero estraño mucho, señor Késsman, que hayais olvidado tan pronto la declaracion que os hice la víspera de San Juan, y que tampoco tengais presente el antiguo refran que dice—que para que un casamiento sea dichoso, es menester que si el uno lleva el desayuno el otro aporte la cena.

ARNOLD. Eso me parece justo, señor Kéller; pero presumo que no exijireis que sea un potentado vuestro yerno.

JUAN B.ª No por cierto: ni potentado ni mendigo: quiero que sea ni mas ni menos que mi hija. Pero sabed, señor Arnoldo, que el dia que se case Ida Kéller, llevará por dote á su marido un terreno de primera clase, donde encuentran pasto doscientas vacas de las mejores del pais; y por añadidura, no despreciable, una hermosa viña en Albeuve, y trescientos ducados de Berna en buena moneda de oro.

ARNOLD. ¿Os bastaria que el esposo de Ida pudiera aumentar aquella dote, con dos mil piezas de oro de treinta y dos franken cada una?

JUAN B.ª Dos mil piezas de oro de treinta y dos franken!.. ya lo creo! Valen noventa y cuatro mil ochocientos francos, en el cambio con la moneda francesa. Si se le presentase á Ida un partido tan ventajoso, no solo lo aceptaria con mil amo-

res, sino que hasta ensancharía la dote de la niña con cincuenta vacas mas.

ARNOLD. Pues precisamente deseaba rogaros que me guardáseis en depósito la mencionada suma que traigo encima, y que me pesa demasiado. *(Saca un gran bolso que arroja sobre la mesa, y respira con fuerza al apartar de sí aquel oro, como si efectivamente le hubiera abrumado con su peso. Juan Bautista se da prisa en abrir la bolsa, y contempla con ojos muy abiertos y espantados aquel monton de dinero.)*

JUAN B.ª Qué escucho!... qué veo!... oro!... cierto! oro de buena ley!... dos mil piezas!... ¿decís que son dos mil piezas?

ARNOLD. Podeis contarlas: no hallareis ni una de menos.

JUAN B.ª *(Contando.)* Quince... veinte...—Pero, Arnoldo! es vuestro de veras? es vuestro todo esto?

ARNOLD. Sí, señor Kéller, y si os parece suficiente para equilibrar mi posicion con la de Ida, os suplico que consintais en nuestra union, y que se verifique sin tardanza.

JUAN B.ª Cuando querais... mañana mismo. ¿Sabeis que no hubiera sospechado jamás fuese tan generoso el Conde de Montsalvens? ¡Dos mil piezas de oro de treinta y dos franken!... Veo ahora claramente que era fundada la suposicion que hacian en el lugar. Sí, Késsman: el señor de Montsalvens es indudablemente vuestro padre.

ARNOLD. *(Mas y mas turbado.)* Estais en un error: no es el Conde quien me ha dado esa suma.

JUAN B.ª No!... Pues mirad, me alegro: no quisiera que os ligase vínculo ninguno con ese infame usurpador, por poderoso que sea.

ARNOLD. He dejado ya su servicio.

JUAN B.ª Por supuesto! pero decidme, hijo mio... porque ya sois mi hijo: decidme el nombre de vuestro magnífico protector.

ARNOLD. *(Estremeciéndose.)* Su nombre!... no lo sé... quiero decir que... que no me hagais preguntas sobre el particular... Hay circunstancias... circunstancias graves que exijen secreto... Lo único que puedo deciros, señor Kéller, es que es mio ese dinero y puedo disponer de él á mi arbitrio.

JUAN B.ª *(Mirándolo fijamente y queriendo prestar á su fisonomía un aire de sutil penetracion.)* Vamos! me parece, querido Arnoldo, que comienzo á descifrar el enigma.

ARNOLD. *(Con espanto.)* ¡Cómo!... ¿qué sospechais?

JUAN B.ª Siempre se ha creido que es sangre ilustre la que teneis en las venas: pero tambien se puede nacer noble sin autorizacion del cura párroco, y entonces se hacen todas las cosas con cierto misterio... sobre todo tratándose de gentes muy encopetadas. Decidme solamente...

ARNOLD. Nada, señor Kéller! nada puedo deciros, sino lo que ya habeis escuchado.

JUAN B.ª Bien comprendo que si vuestros padres son personajes de muy elevada alcurnia...

ARNOLD. Cierto... sí... pudiera ser... no me pregunteis mas.

JUAN B.ª *(Aparte.)* Pudiera ser y lo es de fijo! *(Alto.)* Respeto vuestra reserva, hijo mio: si os la han exijido... si la encumbrada posicion de los que os dieron la vida...

ARNOLD. En lo que debeis pensar por ahora, es en apresurar el casamiento: porque debe hacerse pronto... muy pronto.

JUAN B.ª Tal es mi intencion, pues doy por hecho que teneis el consentimiento de vuestra ilustre familia.

ARNOLD. Sí... *(Con viveza.)* ¿Podrá ser esta noche?

JUAN B.ª Veremos si se arregla: hablaré con el cura: de todos modos el notario vá á venir para cierta escritura, y nos servirá al mismo tiempo para estender sin demora los contratos matrimoniales. ¿Pero en qué pensais que no correis á comunicarle á vuestra amada estas felicísimas noticias? Id, Arnoldo, id volando á buscarla... mas no! tened! hela aquí que viene á ahorraros la diligencia. Os dejo con ella... voy á contarle á los vecinos... Adios! *(Ida aparece y se detiene en el umbral observando á Arnoldo.)* Ida! llega á tu esposo, picarilla! llega á tu esposo! *(La empuja hácia Arnoldo.)* *(Aparte al irse.)* No me cabe duda en que tengo por yerno al hijo natural de algun Príncipe!

ESCENA VII.

IDA.—ARNOLDO.

(Arnoldo confuso, agitado y con los ojos bajos, permanece en el sitio en que le deja Kéller, sin volverse siquiera para mirar á Ida, que se llega á él lentamente, y con semblante triste y receloso.)

IDA. Arnoldo...

ARNOLD. *(Aparte.)* Oh Dios! qué momento!

IDA. Arnoldo... ¿es ese el aspecto de un feliz desposado? ¿Es esa la alegría que os inspiran las palabras que acaba de pronunciar mi padre?

ARNOLD. Perdonad, Ida... mi agitacion... el esceso de mi felicidad... lo repentino de ella...

IDA. ¿Mi padre os dá mi mano, segun parece?

ARNOLD. Sí, Ida! sí!

IDA. Y pues os dá mi mano, debo inferir lo que ya vuestro traje me habia indicado antes: debo inferir que habeis dejado de ser pobre, Késsman.

ARNOLD. Para alcanzaros me era menester oro... y bien! ya lo tengo! ya sois mia!

IDA. *(Con solemnidad y dolor.)* ¿Y de qué modo lo habeis adquirido? declaradlo! es preciso que lo declareis, Arnoldo!

ARNOLD. *(Esforzándose por ocultar su creciente turbacion.)* ¿Qué os importa?... ¿No vamos á ser felices?... ¿No nos uniremos para siempre en este mismo dia?... Sí, Ida! sí! y mañana nos marcharemos los dos... nos iremos muy lejos de este suelo...

IDA. Desventurado! respóndeme antes de todo! Hace tres dias, la noche del veinte y tres, víspera de San Juan, os he oido repetir con angustia que nada poseíais en el mundo; que en ningun protector podíais fundar la mas remota esperanza... ¿Cuál es pues la mano liberal que os ha enriquecido de repente? ¿Dónde habeis ido á buscar ese favorecedor misterioso? Decidlo, decidlo pronto!

ARNOLD. Pero... ¿qué temeis?... ¿qué podeis temer?... La suerte de los mortales está sujeta á mudanzas.

IDA. *(Con ansiedad.)* Ese dinero! ¿Quién os ha dado ese dinero, Késsman?

ARNOLD. Lo sabreis todo... pero si existieran motivos... si un secreto... ya comprendeis, Ida, que puede haber secretos.

IDA. Oh! sí! muy espantosos! pero vos no tendreis ninguno para mí, Arnoldo: es imposible que los tengais: sea lo que fuere, yo quiero, yo debo saberlo.

ARNOLD. Ida!...

IDA. ¡Hablad en nombre del cielo! Nada podeis decirme que sea mas horrible que la invencible sospecha que me tortura el alma. *(Con tono solemne y en voz baja.)* ¡Arnoldo! ¡Arnoldo! ¿habeis vendido la vuestra á precio de dinero?...

ARNOLD. *(Asiéndola por el brazo y mirando atrás con espanto.)* ¡Callad! ¡callad!... oigo pasos... nos escuchan... nos están acechando...

IDA. ¿Quién? ¿quién os causa ese miedo? ¿á qué maldita potestad os habeis esclavizado?

ARNOLD. A ninguna... os engañais... quiero tranquilizaros... pero me estoy ahogando... vuestras sospechas me sacan de quicio... permitid que salga un instante... que respire... volveré... y os diré con calma la verdad. *(Quiere irse y ella le detiene.)*

IDA. Tened... si mis recelos son injustos, no me dejeis en tan dolorosa ansiedad.

ARNOLD. ¡Vuelvo! ¡vuelvo! ¡necesito aire! *(Se sale precipitadamente.)*

ESCENA VIII.

IDA.—*Despues* JUAN BAUTISTA.

IDA. *(Que le sigue con la vista.)* ¡Ah! en vano quiero forjarme una ilusoria esperanza. Su semblante lo vá vendiendo! ¡la marca de la reprobacion me parece escrita sobre su frente. ¡Él seria! ¡él! ¡Arnoldo! ¡él seria el hombre de-

sesperado que vió el leñador precipitarse en la pavorosa ruta, en la hora funesta de la aparicion del maligno! ¡Perdon, Dios mio! ¡perdon para él! *(Cae de rodillas y se cubre el rostro con las manos.)*

JUAN B.ª ¿Qué es eso?... ¿te entretienes en rezar cuando debes adornarte para recibir á todo el pueblo, que vendrá al momento á felicitarte? *(Ida se levanta: vacilan sus rodillas y tiene que apoyarse en el respaldo de un sillon.)* ¿Y Arnoldo? ¿donde está Arnoldo?

IDA. *(Con voz trémula.)* Ha salido un instante... vá volver.

JUAN B.ª La ceremonia del desposorio no podrá verificarse hoy; pero se firmarán los contratos. Ya los estiende el notario, y no tardará en venir con ellos corrientes. Todo el lugar se ha alborotado; pero no hay una persona á quien causára sorpresa la noble procedencia de tu esposo: tiene un aire que lo revela á tres leguas de distancia.

IDA. *(Vivamente.)* ¿Su noble procedencia?... ¡pues qué! ¿Ha descubierto, Arnoldo, quiénes son sus padres?

JUAN B.ª ¡Toma! ¿no te lo ha dicho?

IDA. No.

JUAN B.ª ¡Ya! las consideraciones sagradas del honor... Hace perfectamente en guardar con todos la mayor circumspeccion: pero ¿de donde pensabas que podia sacar riquezas si no hubiera descubierto á sus padres, y si no fueran estos lo que son?

IDA. *(Respirando como si empezasen á descargarla de un enorme peso.)* ¡Ah! ¿conque sabeis que debe á sus padres... ¿lo sabeis con certeza?...

JUAN B.ª Por supuesto. Nació de personas muy encumbradas. *(Con tono de confidencia.)*

IDA. ¿Será cierto?

JUAN B.ª Y claro como la luz que nos alumbra... Ya comprenderás que es un secreto... puedes decírselo en voz baja á todas tus amigas... con la debida reserva!

IDA. ¡Ah padre mio! bendito sea el Señor! *(Apar-*

te.) Cómo lo he ultrajado con mis sospechas!... (Alto.) Bendito sea el Señor una y mil veces!

JUAN B.ª Corriente, hija mia, pero ya es tiempo de que te aliñes un poco. Esos ojos están hinchados... esa tez abatida... estos cabellos descompuestos. ¡Vamos! ¡ven! quiero acompañarte yo mismo á tu tocador. Y pronto, pronto! porque veo acercarse un peloton de gente.

IDA. Sí, sí, vamos padre mio: vamos.

ESCENA IX.

NICOLÁS BULL.—TOMÁS HUBER.—MARTA.—ANTONIO.—PASTORES *y* MUCHACHAS.

TOMÁS. *(Al entrar.)* Si os digo, vecinos, que este Kéller es el hijo de la dicha.

MARTA. Sospechaban algunos en el lugar que tenia en sus adentros la loca esperanza de casar su hija con el baroncito de Charmey: pues ya estais viendo! no la hace Baronesa; pero el paje se convierte de pronto en rico caballero, para ser su yerno. Eso es tener buena estrella, ó no las hay buenas en el firmamento.

NICOLÁS. Hace mucho tiempo que oí decir, no recuerdo á quién, que el jóven Késsman era noble; pero á la verdad no se me habia ocurrido nunca que pudiera salir siendo hijo de todo un Conde. ¿No dijo Kéller que era Conde el padre de su yerno?

MARTA. Conde decis? Príncipe! á mí me han asegurado ahora mismo, que es un Príncipe... de no sé donde.

MUJ. 1.ª ¡Un Príncipe!

MUJ. 2.ª ¡Unas tanta fortuna y otras tan poca!

ANTONIO. Si Ida se ha de casar con un grande, y no con sus iguales como era razon, vale mas que sea con el señor Arnoldo; que al fin, como ha sido pobre, no es tan orgulloso como otros.

MARTA. Jesus, vecinos! se ven cosas en el mundo que pudieran hacer dudar de la justicia divina. ¿Qué virtudes son las de Juan Bautista Kéller para

que le dispense el Señor tan constante felicidad en todas sus cosas?

TOMÁS. Vos no podeis quejaros, señora Marta: vuestras viñas prosperan á pedir de boca.

MARTA. Pero hace cuatro años que se llevó Dios á mi marido: no soy fea ni vieja, y sin embargo, á buen seguro que se me presente el hijo de ningun Príncipe para sacarme de viudez.

MUJ. 1.ª Vaya! ¡No lo encuentran las doncellas y habia de guardarse para vos!...

MUJ. 2.ª Solo Ida alcanza esas glorias.

ANTONIO. *(Mirando dentro.)* Señores, señores!... viene el novio!... viene! aquí lo teneis hecho un pino de oro.

MARTA. Abrirle campo. ¡Qué cara tiene tan torva!

MUJ. 2.ª Ya! como se ha vuelto personaje!... *(Entra Arnoldo por medio de todos, que forman dos alas al uno y otro lado, dejándole el centro. Arnoldo saluda sin hablar, y apenas atiende á los cumplidos que le dirigen.)*

ESCENA X.

Los mismos.—ARNOLDO.

TOMÁS. *(Quitándose la gorra.)* Señor Arnoldo... tengo el honor...

NICOLÁS. *(Descubriéndose tambien.)* Felicitamos á vuestra señoria...

ANTONIO. *(Haciendo reverencias.)* Que sea por muchos años...

MARTA. Todos tomamos parte en las satisfacciones de esta casa.

ARNOLD. Ida... ¿en donde está Ida?

TOMÁS. No hemos tenido todavia la felicidad de verla y de presentarle nuestra cordial enhorabuena.

MARTA. Sin duda se estará ataviando.

ANTONIO. En una ocasion como esta querrá doblar su hermosura, si es posible.

MUJ. 1.ª Debe ser muy grande su alegría, señor Arnoldo.

ARNOLD. *(Que da algunos pasos como para alejarse.)* Cierto... teneis razon.

NICOLÁS. La nuestra no lo es menos, al saber que vamos á presenciar los contratos matrimoniales.
ARNOLD. Os lo agradezco mucho: pero Ida...
MARTA. Héla aqui que sale con su padre.

ESCENA XI.

Todos los anteriores.—JUAN BAUTISTA.—IDA.

JUAN B.ª Salud, vecinos y vecinas.
MARTA. Nos congratulamos con vos, señor Kéller: sois muy digno de las venturas que os dispensa la divina Providencia. *(Todos se acercan á Kéller y le hablan felicitándole.)*
IDA. *(Bajo á Arnoldo.)* Querido Arnoldo! perdonadme!... He sido injusta con vos por un momento.
ARNOLD. Ida!
IDA. Habia padecido tanto... me hallaba tan conturbada, y las apariencias eran tan fuertes... Mi padre ha disipado todas mis inquietudes, y el cielo me está compensando ampliamente de mis angustias pasadas.
ARNOLD. ¿Qué hace aquí toda esta gente? ¿No estariamos mejor solos los dos? ¿No vamos á casarnos?
IDA. Vienen como testigos de las capitulaciones que debemos firmar, querido Késsman. Pero decidme: ¿sois muy feliz? ¿me amais tanto ahora, que sois rico, como cuando érais pobre? *(Siguen hablando bajo; pero Arnoldo se distrae con frecuencia, y mira en torno suyo con aire receloso.)*
JUAN B.ª Os quedo obligadísimo: mis buenos amigos: os quedo obligadísimo: nunca dudé que fuérais partícipes del júbilo de mi familia, y por eso os he llamado á ser testigos de él.
NICOLÁS. Me ofreceria por padrino si no creyera que os seria desagradable ceder á otro ese honor, amigo Kéller.
JUAN B.ª Si el señor Baron de Charmey no se hubiera marchado ayer á Friburgo, á él le correspondia, mejor que á nadie, la satisfaccion de conducir los novios al altar, porque bien sabeis la grande estima que le merecemos los Kéllers, y

lo pronto que estaria á dispensarnos con placer la mencionada honra: pero pues se halla ausente su señoria, natural es, compadre Bull, que sea yo quien sirva de padrino; si bien agradeciendo infinito la buena voluntad que me mostrais.

MARTA. Si no hay otra madrina mas autorizada, aqui estoy yo, señor Kéller.

JUAN B.ª Gracias, señora Marta: pero veo venir al notario: permitidme recibirlo. *(Se adelanta.)*

IDA. El notario, Arnoldo: luego volveremos á tratar de ese viaje intempestivo, que os empeñais en proponerme.

ESCENA XII.

Los mismos.—EL NOTARIO.—*Despues de entrar el notario cierra Kéller la puerta.*

JUAN B.ª Felices dias, señor notario.

ARNOLD. ¡Ida! todas estas fórmulas están demas.

JUAN B.ª *(Al notario.)* Aquí teneis silla, y una mesa donde colocar vuestros mamotretos. Supongo que solo faltan las firmas.

NICOLÁS. Permitidme, señor notario, pasar la vista por esos documentos, y os ahorraré la molestia de hacer su lectura, comunicando á los circunstantes lo esencial de su contenido. *(El notario alarga el escrito á Bull, que lo toma.)*

IDA. ¿Qué teneis, Késsman? Vuelve á nublarse vuestra frente.

ARNOLD. Oh!... Tanto gentío se me hace insoportable.

TOMÁS. Oigamos las capitulaciones, vecinos.

MARTA. Sí! Silencio todos, y oigamos las capitulaciones.

NICOLÁS. Señores; está aqui documentado que el rico ganadero Juan Bautista Kéller, dota á Ida, su única hija, con doscientas cincuenta vacas gordas en posesion de su correspondiente terreno de abundante pasto; con la viña que adquiere hoy por compra que le ha hecho al señor Tomás Huber...

TOMÁS. Presente.

NICOLÁS. Y con trescientos ducados de Berna en buena moneda de oro.

ANTONIO. Así! ¡Eso se llama saber hacer las cosas!

NICOLÁS. ¡Viva el rico ganadero!

TODOS. Viva!

TOMÁS. Consta tambien en la presente escritura, que el señor Arnoldo Késsman, futuro marido de la mencionada Ida Kéller, aumenta la referida dote con la cantidad de dos mil piezas de oro de treinta y dos franken.

MARTA. Dos mil!

NICOLÁS. Soberbio regalo!

JUAN B.ª *(Bajo á Huber y á los demas que están á su lado.)* No es ni la vigésima parte del que ha recibido de su ilustrísimo padre.

NICOLÁS. *(Poniendo los contratos en la mesa.)* Se procede á las firmas.

JUAN B.ª Yo el primero. *(Se acerca y firma.)* Ya veo, señor notario, ya veo el sitio que me indicais, y dejo en él mi nombre.

NICOLÁS. La novia ahora.

TOMÁS. Tendré la honra de conducirla. *(Lleva á Ida á la mesa.)*

IDA. *(Aparte.)* Oh! Cómo palpita mi corazon! *(Firma.)*

ARNOLD. *(Aparte.)* Esto se alarga demasiado!

JUAN B.ª Bien! Solo vuestra firma falta, querido Arnoldo.

ARNOLD. Voy á ponerla: acabemos! *(Se llega á la mesa y firma: al mismo instante suenan redoblados golpes en la puerta.)*

JUAN B.ª ¿Qué es eso?

NICOLÁS. ¡Llaman á la puerta con violencia!

TOMÁS. ¿Quién puede ser?

MARTA. ¡Ay Dios! ¡Qué golpes! Me asustan.

VOZ. *(Fuera.)* ¡Abrid! ¡Abrid!

JUAN B.ª Veamos quien nos pide entrada con tanta autoridad.

ESCENA XIII.

Todos los anteriores y gentes de armas del Conde de Montsalvens.

IDA. ¡Gente armada!
NICOLÁS. ¡El blason de Montsalvens!
JUAN B.ª ¡Señores! ¿Qué buscais en mi casa de este modo en un dia de regocijo para mi familia?
HOMBRE DE ARM. Estamos informados de que es aquí en donde se oculta el ex-paje llamado Arnoldo Késsman.
NICOLÁS. Se oculta!
JUAN B.ª El que nombrais es novio de mi hija, y no se oculta de nadie: hélo allí, señores: ¿qué es lo que quereis de él?
HOMBRE. Arnoldo Késsman! En nombre del muy alto y poderoso señor Conde de Montsalvens, quedais preso desde este instante, y os ordeno seguirme.
IDA. Preso!
NICOLÁS. Preso!
MARTA. ¡Qué escucho!
JUAN B.ª Pero ¿qué crímen ha cometido ese jóven? ¿De qué se le acusa?
HOMBRE. De haber perpetrado un robo en el castillo de su señoría.
IDA. Ah!!
JUAN B.ª Un robo!
NICOLÁS. Qué vergüenza!
MARTA. Qué infamia!
TOMÁS. Esos eran los tesoros del Príncipe! *(Todos se desvian de Arnoldo.)*
HOMBRE. *(A los suyos.)* ¡Asidlo, y al castillo con él!
ARNOLD. *(Adelantándose pálido como un espectro.)* No es necesaria la violencia: estoy pronto á seguiros. *(Se lo llevan.)*
JUAN B.ª *(Corriendo hácia Ida.)* Hija mia!
IDA. *(Cayendo desplomada en los brazos de su padre.)* Todo está esplicado, y todo está concluido!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa un calabozo: la puerta de entrada al fondo, y otra puerta lateral á la derecha, que se supone conducir á la cámara de la tortura.

ESCENA PRIMERA.

ARNOLDO KÉSSMAN.—ALCAIDE.

(El primero está sentado en actitud de profundo abatimiento: cerca de él se vé un monton de paja, que le sirve de lecho, y un cántaro de agua. El Alcaide está en pié y tiene en la mano un jarro de vino.)

ALCAIDE. ¡Voto á sanes! ¿Qué ganais con no probar bocado y llorar de continuo, y desfallecer por momentos? ¡Digo! Buen modo de prepararse á responder al interrogatorio, con el aplomo y la serenidad conveniente! Vamos; echáos al coleto un vaso de vino, y os sentireis otro hombre.

ARNOLD. Dejadme, Alcaide, dejadme.

ALCAIDE. ¡Pardiez! No os suponia tan mandria. Si estais inocente, la conciencia debe alentaros; y si no lo estais... si no lo estais, Arnoldo, razon es que no os falte el valor que os asistió para cometer la falta.

ARNOLD. Tengo valor para morir, y morir es lo que espero.

ALCAIDE. No olvideis que es probablemente hoy, cuando vais á comparecer ante su señoría nuestro amo.

ARNOLD. ¡Hoy!

ALCAIDE. Dos veces os lo he dicho, pero como no prestais atencion á ninguna de mis advertencias...

ARNOLD. Ni vos escuchais compasivo, ninguna de mis súplicas... ¡Oh! Por cuanto ameis, Alcaide! si algo sabeis de Ida Kéller y de su padre, decídmelo al momento. Decídmelo y espiraré bendiciendo vuestro nombre.

ALCAIDE. No se trata de que espireis; todo lo contrario: eso es lo que me propongo evitaros. Mas vale perro vivo, que leon difunto. ¡Ea! bebed prontito este líquido, y hablaremos despues cuanto querais.

ARNOLD. Pero...

ALCAIDE. No hay peros que valgan. Nuestra santa religion nos prohibe el dejarnos morir, tanto como el matar á otro.

ARNOLD. ¿Me direis lo que sepais de Ida Kéller, cuando haya cumplido vuestra voluntad?

ALCAIDE. Os lo diré todo.

ARNOLD. Dadme ese vaso. *(Lo toma y bebe.)*

ALCAIDE. Así: eso se llama volver á la razon.

ARNOLD. Os he dado gusto: cumplid vos vuestra palabra.

ALCAIDE. Al punto. Juan Bautista Kéller, dicen que se fué á Friburgo, el dia mismo de vuestra prision.

ARNOLD. A Friburgo?

ALCAIDE. Está tambien en aquella ciudad, segun entiendo, su amigote el Baron de Charmey, y parece que ha querido consultar con él vuestro suegro, lo que debe hacer con no sé qué cantidades, que se dice le entregásteis. Como se os acusa de un robo...

ARNOLD. Bien, bien... Pero su hija?

ALCAIDE. Su hija diz que padeció no sé cuantos patatús, y se empeñó, ni mas ni menos que vos, en dejarse morir de estenuacion; pero se atuvo despues á mejor consejo, y está viva y en regular estado...

ARNOLD. Lo sabeis con certeza?
ALCAIDE. Toma! Como que la he visto con mis ojos.
ARNOLD. La habeis visto? Y qué os preguntó? Qué la respondísteis?
ALCAIDE. Preguntó tantas cosas, que mal podria recordarlas: en cuanto á mis contestaciones, fueron que estábais preso, que el Conde se hallaba en Friburgo desde el amanecer del dia en que se verificó vuestra captura, y por consiguiente, no os habia visto todavía; que se le esperaba pronto, y que no queríais comer, por mas que me empeñaba en persuadiros.
ARNOLD. Y ella?
ALCAIDE. Ella tuvo su soponcio, pero se halla mejor, y mi mujer se la ha llevado á su cuarto, hasta que traigan una camilla para trasportarla cómodamente.
ARNOLD. *(Levantándose.)* Cómo! Qué decis! ¿Está Ida en el castillo? ¿Se encuentra cerca de mí?
ALCAIDE. Tanto dá que esté cerca, como que esté lejos. Dejáos de Idas, y pensad en el interrogatorio y en lo que pueda venir detrás de él.
ARNOLD. Ida está en el castillo!
ALCAIDE. Soy un bestia en haberos dicho semejante cosa: ahora vais á molerme con esclamaciones y aspavientos, que no vienen al caso. *(Hace ademan de irse.)*
ARNOLD. Ah! no! esperad! En nombre del cielo, tened compasion de este infeliz!
ALCAIDE. Qué quereis? Hablad.
ARNOLD. Que me permitais ver un instante á Ida.
ALCAIDE. Estais loco? ¿No sabeis que hay órdenes espresas de teneros incomunicado? ¿Que ni aun yo mismo debia hablaros, si cumpliese escrupulosamente lo que me ha sido prescrito?
ARNOLD. Podeis introducirla sin que nadie la vea; podeis atenuar el rigor de aquellas órdenes severas, sin esponeros á nada.
ALCAILE. *(Conmovido.)* Con mil demonios! no me rompais la cabeza. Lo que pedís no puede hacerse: dejadme salir! Os digo que no debe hacerse!
ARNOLD. ¡Con que ni de vos, ni de vos he de llevar á la

tumba un agradable recuerdo! He venido á la tierra solo para conocer almas feroces!

ALCAIDE. ¡Feroz yo! ¿Feroz el hombre que os veló sin desnudarse quince noches seguidas, cuando estuvísteis tan gravemente enfermo hace diez años?

ARNOLD. Entonces me amábais: entonces os compadecíais del pobre huérfano que estaba sin apoyo en el mundo, y le permitísteis muchas veces que os diera el nombre de padre. Entonces todavia recordábais la época en que le adormecíais meciéndole en vuestras rodillas, como él ha mecido despues á vuestros hijos.

ALCAIDE. Entonces, ahora y siempre soy el mismo, y os tengo lástima...¡y os quiero, Arnoldo! os quiero despues de mis hijos mas que á nadie en la tierra...! Porque tambien ellos, tambien mis pobres chiquillos pueden quedar huérfanos mañana... ¡Vamos! está visto! no soy bueno para este oficio! ¡Dejadme! *(Se quiere ir, no pudiendo disimular su viva emocion.)*

ARNOLD. ¡Ah! ¡no! por vuestros hijos! por aquellos inocentes que me llaman su hermano, y que si estuvieran aquí se echarian conmigo á vuestros piés para ablandar vuestro corazon!

ALCAIDE. ¡Alzad! ¡voto á cribas! ¡alzad, ó voy á irritarme como un tigre.

ARNOLD. Traedme á Ida un instante!

ALCAIDE. Olvidais que llegará el Conde de un momento á otro?

ARNOLD. Si viene me hará llevar á su presencia: no penetrará su señoria en esta impura mazmorra.

ALCAIDE. ¿Y si se le antoja penetrar?...

ARNOLD. Os lo hará prevenir antes.

ALCAIDE. Es natural... *(Vacilando.)*

ARNOLD. Y yo no os pido sino diez minutos, siquiera cinco. Alcaide, siquiera cinco!

ALCAIDE. Y no habrá gritos, ni escarceos, ni soponcios?

ARNOLD. Nada que no querais.

ALCAIDE. Ello es una diablura... pero si ha de hacerse, no perder tiempo. ¡Ea! voy á traeros vuestra novia.

ARNOLD. Bendito seais!

ESCENA II.

Arnoldo, *de rodillas.*

¡Gracias! ¡Dios mio! ¡gracias! Escuchásteis piadoso los amargos ayes del arrepentimiento, y me perdonásteis en vuestra misericordia. Sí ¡Dios mio! me habeis perdonado, pues me dispensais este momento de consuelo.... esta gracia inesperada. Mandad despues las penas mas atroces para expiacion de mi delito: adoraré vuestra justicia como ensalzo ahora vuestras piedades! *(Se levanta.)* ¡Ida! ¡Voy á ver á Ida! Voy á escucharla! la luz de mi alma vá á penetrar aquí... *(Estremeciéndose por una reflexion repentina.)* ¡aquí!... á este calabozo... ¡á esta mansion del crímen! ¡Oh! ¡en qué cámara nupcial aguarda Arnoldo á su esposa! ¡Oigo pasos! ¡son los suyos! mi corazon los conoce. ¿Cómo es posible tanto dolor y tanto gozo, en un mismo instante y en una sola alma?

ESCENA III.

Dicho.—Alcaide.—Ida.

Arnold. ¡Ida!

Ida. ¡Ah! *(Le tiende la mano y llora.)*

Alcaide. Prudencia y brevedad: espero afuera.

Arnold. Perdóname, Ida, como Dios me perdona.

Ida. ¡Arnoldo! esa palabra que pronunciais es un nuevo golpe para mi corazon destrozado. ¡Oh! yo conservaba todavia un rayo de esperanza... no podia persuadirme completamente de que fuera verdad vuestro delito.

Arnold. Si el arrepentimiento que me devora, si las lágrimas que humedecen ese monton de paja en que he pasado largas noches de inesplicables angustias; si la confusion que me cubre á vuestra vista no os parecen, ¡oh Ida! suficiente expiacion; si sois mas rigorosa que el cielo á quien

ofendí... en ese caso maldecidme, aborreceedme, porque es cierto que he cometido un crímen, cuyo vergonzoso recuerdo me perseguirá en mi agonia.

IDA. *(Con profundo dolor.)* ¿Para qué he vivido, Dios justo? ¿Para qué he vivido hasta este instante? —¿Conque lo confesais ¡desventurado! confesais el robo?

ARNOLD. ¡No es aquel robo mi mayor delito!

IDA. *(Retrocediendo con espanto.)* ¿Qué estais diciendo, insensato? ¿Manchásteis tal vez con sangre el oro infame con que queríais comprarme? Responded, Arnoldo!... acabad de matarme! ¿Manchásteis con sangre el oro que robásteis?

ARNOLD. Con sangre! El oro!... ¡Pues qué! ¿Pensais que robé oro, Ida? ¿Pensais que soy un miserable bandido?

IDA. ¿No es asi? Hablad! ¿No pertenece á vuestro amo la suma que entregásteis á mi padre?

ARNOLD. ¡Es demasiado castigo, Dios mio! ¡es demasiado castigo verme sospechado por ella de una infamia semejante!

IDA. No! ¡No la habeis cometido! ¿No es verdad que no la habeis cometido? *(Con ansiedad y esperanza.)*

ARNOLD. ¡Nunca, Ida, nunca!

IDA. Pero entonces... ¿cuál es vuestro crímen?

ARNOLD. Es mas horroroso, pero no tan vil.

IDA. ¿No acabais de decir, hace un momento, que no era el robo vuestra mayor culpa?

ARNOLD. Creí, como Adan, al padre de la mentira. Creí que era mio el objeto de que me apoderé.

IDA. ¡Esplicáos por la Vírgen! ¡Contádmelo todo!

ARNOLD. ¿Os acordais de la noche víspera de san Juan?

IDA. Sí.

ARNOLD. ¡Os acordais de la historia que refirió el Baron de Charmey en aquella noche malhadada?

IDA. Sí, sí!

ARNOLD. Iba á perderos, y estaba desesperado.

IDA. Continuad!

ARNOLD. Me alejé de vos desatentado, sin deciros adios, sin dirigiros una mirada...

IDA. ¿Y á dónde fuísteis?

ARNOLD. ¡Al *camino de Evi!*

IDA. ¡Ah!

ARNOLD. Oí resonar una voz fatídica enmedio de las tinieblas, y llegaron á mis oidos estas seductoras palabras:—¡Arnoldo Késsman! no vienes á pedirme la posesion de un trono, ni de feudales dominios: solo anhelas una mujer, y para que la obtengas, me basta hacerte un módico donativo. No seré, pues, exigente contigo. No te pido tu alma, sino una leve señal de tu valor y obediencia.

IDA. ¿Y cuál era esa señal?

ARNOLD. El conde de Montsalvens, añadió el tentador, guarda en su castillo una cajita de ébano, sobre la que se vé grabada en chapa de plata una corona de Baron, y las iniciales de un apellido ilustre, que no es el suyo. Aquella caja contiene papeles que te pertenecen.

IDA. ¿A vos?

ARNOLD. Si logras descubrirla y posesionarte de ella, prosiguió Satanás, si me la traes dentro de dos ó tres dias, á este mismo sitio y á la misma hora, tendrás en cambio la cantidad necesaria para ser tan rico como Ida.

IDA. ¡Dios mio!

ARNOLD. Guárdate, repitió por tres veces, guárdate, empero, de abrir aquella caja; pues aunque solo contiene documentos de familia, si llegáras á conocerlos, amargarias para siempre tu existencia terrestre, y te harias siervo mio por toda la eternidad.

IDA. ¡Qué horror!

ARNOLD. Cuando salí de aquel odioso lugar, me hallaba muy resuelto á no llevar á efecto las sugestiones del demonio, á renunciar con valor su ominoso donativo; pero ¡oh Ida! él lo tenia todo dispuesto para tentarme de un modo irresistible.

IDA. *(Con desaliento.)* ¡Acabad! ¡Acabad!

ARNOLD. Como paje de cámara del Conde yo habia tenido ocasion de ver, una sola vez en mi vida, la caja funesta que me demandó el maligno; pero no habia olvidado el sitio en que se guardaba. Sin saber por qué, aquella alhaja fatal me llamó

la atencion, y se me grabó en la memoria.

IDA. ¡Desdichado!

ARNOLD. Sabia que estaba en un cofre de hierro que nunca apartaba el Conde de la cabecera de su cama, y por una fatalidad maldita, por la mas pérfida disposicion del espíritu reprobado, su señoría se sintió malo la noche del dia de san Juan, y me hizo dormir en su aposento.

IDA. ¡Lo comprendo todo!

ARNOLD. El sueño profundo en que cayó cerca del amanecer... la vista de las llaves que yacian junto á su almohada... ¡Oh Ida! la tentacion era superior á la resistencia de un hombre... La noche siguiente Satanás recibió el objeto que deseaba, y yo el oro que habia menester para conseguir vuestra mano.

IDA. ¡Oh! ya estais viendo cuan caramente se pagan los beneficios recibidos de aquella infausta mano. ¡Dios misericordioso! ¡Aceptad las lágrimas que veis correr de nuestros ojos en este dia de expiacion! ¡Aceptad nuestros gemidos, que vuelan juntos á vuestro seno paternal, y castigadme con él, ó conmigo salvadle!

ARNOLD. ¡Ida!

IDA. ¡Arnoldo! en el tiempo y en la eternidad os acompañará Ida. Vuestra suerte es mi suerte: nadie podrá separarnos... porque culpable y todo, yo os amo, Késsman, yo os amo!

ARNOLD. ¡Ya puedo morir, Dios mio! *(Se abrazan y confunden su llanto.)*

ESCENA IV.

Dichos.—EL ALCAIDE *apresurado.*

ALCAIDE. El Conde de Montsalvens acaba de llegar y viene aqui. He oido su voz, sus pisadas...

ARNOLD. *(A Ida.)* ¡Huid! *(Al Alcaide.)* ¡Llevadla!

ALCAIDE. No hay mas salida que aquella y por allí viene el Conde.

IDA. Esta puerta...

ALCAIDE. Es de la cámara de la tortura. El Conde ha que-

rido que este desgraciado tuviera á la vista los instrumentos del suplicio, y ordenó que se mantuviese la puerta abierta.

ARNOLD. ¡Él llega! ¡Allí! *(Empujándola.)* No hay otro remedio. ¡Allí!

ESCENA V.

ARNOLDO KÉSSMAN.—ALCAIDE.—MONTSALVENS.—*Criados con hachas, que se colocan á los lados de la puerta de entrada.*

CRIADO. ¡Su señoría!!

CONDE. Retiraos, y estad prontos á mi primera señal.

ALCAIDE. Salud á su señoría. *(Los criados se retiran dejando clavadas dos hachas cerca de la puerta.)*

ESCENA VI.

CONDE.—ARNOLDO KÉSSMAN.

CONDE. ¡Arnoldo Késsman! os despedísteis de mi servicio en la mañana del veinte y cinco de Junio, y el veinte y seis por la tarde eché de menos una alhaja mia. Todos los indicios os condenan, y no podeis negar que sois autor de aquel robo.

ARNOLD. Nada niego, señor Conde.

CONDE. Malignas sugestiones os persuadieron sin duda de que podríais sacar provecho de la adquisicion de los documentos que contenia aquella caja: pero yo puedo daros, si me los restituís, ventajas muy superiores á las que os hayan prometido, y deseo que así se haga... que no me forceis á recurrir á medios violentos, que no quisiera emplear contra vos.

ARNOLD. Ah, señor Conde! Preferiría haber muerto antes que cometer la falta de que justamente me acusais. *(Arnoldo, de pié siempre delante de la puerta de la cámara donde se ha ocultado Ida, mira inquieto repetidas veces á lo interior.)*

CONDE. Aun no es tarde para repararla. No habeis tenido tiempo de disponer á favor de otro del objeto robado; debeis tenerlo oculto en alguna parte, y vais á designármela al momento.

ARNOLD. ¡Yo!...

CONDE. Los papeles que habeis visto son para mí de una importancia estrema. Os daré oro, mucho oro por rescatarlos.

ARNOLD. ¡Si hubiera sabido que apreciábais tanto la funesta caja!... que encerraba cosas de tanto interés para vuestra señoría!... pero lo ignoraba completamente.

CONDE. ¡No decís verdad! Si ignoráseis lo que contenía, ¿qué os hubiera movido á burlaros de mi confianza, á robármela infamemente?

ARNOLD. Me habian dicho que aquella caja me pertenecia; nada mas supe, y nada mas sé, porque no la he abierto.

CONDE. ¿No la habeis abierto?

ARNOLD. Os lo afirmo solemnemente.

CONDE. Pues, bien; lo repito: todo puede componerse; todo puedo perdonarlo.

ARNOLD. Sí, perdonadme, señor de Montsalvens, y Dios será tambien con vuestra señoría benigno y misericordioso.

CONDE. No se hable mas del asunto. Dadme la caja, ó decidme al punto dónde está: lejos de temer mis rigores, aguardad mucho de mi reconocimiento.

ARNOLD. Daría mi sangre por poder haceros la restitucion que anhelais, pero no está en mi mano complaceros.

CONDE. ¿No está en vuestra mano? ¡Pues qué! ¿habeis dado ya á mi enemigo las únicas armas que me defendian? No puede ser, porque él está en Friburgo. ¡Hablad, hablad miserable! ¿qué hicisteis de mi tesoro?

ARNOLD. No entiendo lo que quereis decirme, señor Conde; pero puedo aseguraros que ningun ser terrenal ha recibido vuestra caja!

CONDE. Pues ¿dónde la teneis? ¿dónde?

ARNOLD. ¡En parte alguna!

CONDE. Yo estoy cierto que no se la habeis entregado

todavía al malvado que os sedujo para que cometiérais el robo.

ARNOLD. Ah! sí! ¡él es quien la guarda por desgracia!

CONDE. ¡Maldicion sobre tí, bastardo infame! Oh! no esperes gozar del fruto de tus traiciones. Estás entre mis manos, ¡hipócrita! estás entre mis manos, y no es bastante poderoso para arrancarte de ellas el pérfido Charmey á quien me has vendido.

ARNOLD. Charmey! no! ¡Yo no os he vendido á nadie! ¡Jamás he hablado con el Baron de Charmey!

CONDE. ¡Mientes, villano, mientes! Acabas de confesar que le has entregado mi caja.

ARNOLD. Oh! no! entendísteis mal.

CONDE. Cómo! qué! ¿no se la has dado? ¡Responde pronto! ¿Juras por tu alma no habérsela dado todavía?

ARNOLD. Lo juro, señor Conde, á presencia del cielo. Nada tiene que ver con mi delito el señor Baron de Charmey.

CONDE. ¡Si fuese verdad, Arnoldo!.. si es cierto que no es Charmey quien tiene en estos momentos la preciosa alhaja que estoy dispuesto á rescatar á cualquier precio, si aun es posible que vuelva intacta á mis manos...

ARNOLD. No soy yo quien puede devolvérosla... no soy yo... ¡Creedlo!

CONDE. ¿La guarda otro?

ARNOLD. Sí.

CONDE. ¿Y no es Charmey?

ARNOLD. Os he dicho que no con juramento.

CONDE. ¿Quién es pues?

ARNOLD. Ese es mi secreto... y mi delito.

CONDE. *(Furioso.)* ¿Quién es?

ARNOLD. No lo diré jamás, señor Conde.

CONDE. ¡No lo dirás jamás! Oh! sí; lo dirás muy pronto, cuando te lo pregunte de otro modo. Hola! *(Acercándose á la puerta del fondo.)*

ARNOLD. Oh! ¡Dios mio! ¡y ella testigo!

ESCENA VII.

Dichos.—El Alcaide.—*Criados.*—*Luego* Ida.

Conde. Poned en la rueda á ese bandido, y dadle tortura hasta que confiese quién es el depositario del robo que me hizo.

Arnold. Tened clemencia, señor Conde! *(Vuelve sin cesar sus ojos hácia la cámara donde está Ida, mostrando que es por ella su mayor temor.)*

Conde. ¡Me has perdido, vil!... me has perdido, y ahora quieres engañarme; pero juro por mi vida que tu astuto seductor ha de encontrar regados con tu sangre los dominios de que me despoje. ¡Juro que sembrarán su camino triunfante tus miembros despedazados!

Alcaide. Yo os suplico...

Conde. Eh! Cumplid mi mandato.

Alcaide. Si vuestra señoría...

Conde. ¡Desgraciado quien ose pedirme gracia! A la rueda con él! á la rueda!.. *(Se apoderan de Arnoldo.)*

Ida. *(Saliendo desalada.)* ¡Piedad, piedad! *(Se arroja á los piés del Conde.)*

Arnold. ¡Ida!

Alcaide. ¡Santo Dios!

Ida. ¡No seais implacable, Conde de Montsalvens!... Vedme á vuestros piés... Vedme exhalar el alma para moveros á compasion.

Conde. *(Al Alcaide.)* ¿Quién es esta mujer? ¿Cómo se encuentra aquí?

Alcaide. *(Turbado.)* Es... la novia de este infeliz... está aquí... porque la puse presa... Recelé que pudiera ser cómplice.

Ida. ¡Sí, sí; su cómplice soy! Matadme con él si no quereis perdonarlo!

Arnold. *(Que sujeto por los criados forcejea en vano por desasirse y llegar á Ida.)* ¡No la creais! ¡es inocente! Nada tiene que ver conmigo.

Conde. ¡Levántate! Si quieres salvarlo, fácil te es, muy fácil. Revélame al punto quién tiene el objeto

que ha sustraido de mi casa.

IDA. Sí, sí... yo lo diré todo... pero que no le lleven á la rueda... revocad la sentencia... yo quiero decirlo todo.

CONDE. Habla con verdad, y obtendrás cuanto pidas.

IDA. Vuestra caja... vuestra caja, señor Conde... está en poder de Satanás.

CONDE. ¡Miserable!

ARNOLD. ¡Ida!

IDA. Es una historia horrible... yo se la contaré á vuestra señoría.

CONDE. ¿Te estás burlando, insensata? ¿Te estás burlando de mí?

IDA. Dignaos escucharme... voy á referiros...

CONDE. ¡Mis papeles... no quiero saber mas! ¿Dónde están mis papeles, dónde?

IDA. ¡Os he dicho la verdad!

CONDE. Ah! ¡miserable! Llevadla y que le vea morir.

ARNOLD. ¡Ida!

ALCAIDE. Ved, señor, que esta jóven...

CONDE. ¡Nada miro sino mi venganza!... ¡mi sangrienta venganza! ¡Obedeced!

ARNOLD. ¡Ida de mi corazon!

IDA. ¡Arnoldo! moriremos juntos.

CONDE. ¡Llevadlos! *(Los arrastran á la tortura. Ruido fuera.)*

ALCAIDE. *(Suplicando.)* Por Dios, señor Conde...

CONDE. Id á presenciar la cuestion!

ESCENA VIII.

CONDE.—*Luego* EL ALCAIDE.

Voy á ser arruinado! Sí! Voy á ser arruinado! Pero han de llorar muchos el dia de mi desgracia. *(Crece el ruido.)* Qué ruido es ese? Qué pasa en el castillo? Oh! ¡Sea lo que fuere, se saciará aquí mi furor! Y ¡ay de Charmey, si fuera tan temerario que intentase, con su puñado de súbditos, arrancar la víctima de mis manos!

ALCAIDE. Señor, antes de serle aplicada la cuestion del

tormento, ha confesado el reo.

CONDE. Y qué? Qué ha dicho?

ALCAIDE. El desventurado corrobora con su declaracion, las espantosas palabras que se escaparon de los lábios de la jóven. Se acusa de haber estado en el *camino de Evi*, y de haber recibido, en cambio de vuestra alhaja, el *donativo del diablo.*

CONDE. Imbécil! ¿Me venís ahora con cuentos de viejas? *(Lo empuja dentro de la cámara.)* ¡Perezcan los dos en el tormento, si no restituyen sin dilacion, la prenda que me robaron!

ESCENA IX.

CONDE.—BARON.—*Luego* OFICIAL AUSTRIACO.—SOLDADOS. IDA—ARNOLDO, *que los saca* EL BARON.—CRIADOS.

BARON. No! no! deteneos, verdugos! *(Entra precipitadamente en la cámara.)*

CONDE. Ah! Él! Solo aquí! ¡El cielo ha completado mi venganza!—¡Baron de Charmey! ¡Has entrado en tu sepulcro! *(Va á cerrar la puerta del fondo y entran por ella Oficial y Soldados.)* Ah! *(Retrocede.)*

BARON. Llegamos á tiempo! Hélos aquí en salvo!—¡Manifestad vuestra mision, señor oficial!

OFICIAL. Conde de Montsalvens! Advertido el muy alto y poderoso señor Bailío Imperial, de que un vasallo del Baron de Charmey—que está presente—ha sido preso por orden vuestra, y se halla retenido en este castillo, me envia con la orden de hacer entrega de dicho vasallo á su legítimo señor, previniéndoos á vos, que si alguna acusacion teneis que hacer contra el preso, la ejeculeis en los términos que corresponden.

CONDE. El señor Bailío Imperial ha sido engañado. La persona de quien se trata está á mi servicio; no tiene mas señor que yo, y el mismo Emperador no alcanza derecho para intervenir en mi jurisdicion y embarazar el curso de mi justicia.

BARON. Su señoría parte de un supuesto falso. Declaro

altamente que Arnoldo Késsman ha nacido en mis dominios, y que el dia en que se verificó su captura, no pertenecia ya á la servidumbre del Conde.

CONDE. *(Con intencion.)* ¡Probad lo que habeis dicho! Probad que el acusado ha nacido en vuestros dominios. Sin eso esperais en balde poder sustraerlo á mi autoridad poderosa! ¡Declarad, pues, Baron de Charmey, declarad cuál es su pais... y quiénes son sus padres!

OFICIAL. *(Al Baron.)* Espero que se servirá justificar vuestra señoría los derechos que le asisten para reclamar al preso.

BARON. *(Despues de un momento de vacilacion.)* Estoy pronto.

CONDE. Sí! ¡Presentad los documentos que lo acreditan! presentadlos, pues teneis aqui suficientes testigos que los reconozcan... y que los divulguen.

BARON. Os pido antes un momento de secreta conferencia... Me parece que os dejaré convencido, Conde de Montsalvens, y que este asunto podrá terminarse sin necesidad de nuevas aclaraciones.

CONDE. Retiráos! *(Vanse los criados.)*

BARON. Señor Oficial! Pongo á esta jóven bajo vuestra custodia: tened la bondad de llevarla á los brazos de su padre, que nos ha acompañado á este castillo, y volved despues á conocer el fin de la presente cuestion.

IDA. Señor de Charmey...

BARON. Nada temais, Ida.

ESCENA X.

CONDE.—BARON.—ARNOLDO.

CONDE. *(A Arnoldo que va salir.)* No, vos, no! No saldreis de mis manos, mientras no publique vuestro protector los derechos que le asisten.

BARON. ¡No puedo publicarlos, Conde de Montsalvens! Confieso que no puedo publicarlos; pero puedo,

pues vos me forzais á ello, referirle á este jóven una historia que ignora, y que le hará conoceros.

CONDE. *(Se sienta con gesto arrogante y desdeñoso.)* Hacedlo, ó lo haré yo si no quereis molestaros.

BARON. Vuestra señoría será quien quede algun tanto molestado, cuando tenga yo la honra de recordarle todos sus pormenores.

CONDE. Sepámoslos!...

BARON. Arnoldo Késsman! Una dama de elevada clase, y á la que habian casado sin consultar su eleccion, tuvo la desgracia de inspirar y de sentir un amor invencible... un amor como el que teneis por Ida.

ARNOLD. Ah!

BARON. Aquel tirano sentimiento, que os hizo capaz de una accion, en vuestro concepto criminal, estravió tambien á aquella desgraciada, y todo lo olvidó en su culpable delirio.

CONDE. *(Con sonrisa cruel.)* Sí! ¡todo lo olvidó!.. Continuad, Baron.

BARON. *(Despues de lanzar una mirada de indignacion que sostiene el Conde con desvergüenza.)* Despues de tres años de ausencia, volvió el esposo, y los amantes tuvieron que separarse. Ella no vivió desde entonces sino para llorar su culpa. Él murió gloriosamente en un campo de batalla:

ARNOLD. Dios los habrá perdonado!

BARON. Al morir dejó en poder del conde de Montsalvens, su amigo de la infancia y confidente de sus amores, á un niño infeliz fruto de ellos, y las cartas... todas las cartas escritas con tanta pasion como imprudencia por la mano de la mujer que amó.

CONDE. ¡Cartas firmadas con su nombre! ¡Selladas con su blason!

BARON. Sí! firmadas con su nombre! ¡Selladas con su blason! Y aquellas cartas, Arnoldo, eran las que guardaba cuidadosamente el conde de Montsalvens para defensa de sus usurpaciones. Aquellas cartas eran con las que me amenazaba, diciendo »el dia que reclameis, los bienes que os

he quitado, aquel mismo dia arrojaré á la faz del mundo, estas pruebas infamantes y arrancaré á la desventurada que ya no existe, el inmerecido respeto que la acompañó á la tumba.

ARNOLD. ¡Qué escucho!

BARON. ¡Esos eran los documentos que contenia la caja de que os posesionásteis... y os asistió derecho para hacerlo ¡porque vos sois el pupilo que le fué confiado al Conde... aquellas cartas, Arnoldo, eran de vuestra madre!

ARNOLD. ¡De mi madre!

CONDE. ¿No quereis decirle mas?

BARON. A vos, á vos es á quien toca ahora el escucharme.—Entre los documentos que con tan infame objeto conservábais, y que ya no existen, se hallaba uno que milagrosamente se ha salvado: uno que vuestra señoria por incomprensible descuido, ó por especial providencia del protector Supremo de los huérfanos, no se cuidó destruir durante tantos años.

CONDE. *(Levantándose.)* ¿Qué quereis decir?

BARON. El guerrero moribundo trazó con su sangre este testamento en que os encomienda á su inocente hijo, y en que declara que sois depositario de la parte de su fortuna que le legó por herencia. ¡Depósito sagrado de que vilmente abusásteis, señor Conde! ¡Depósito que os habeis apropiado, haciendo que el legítimo dueño os sirviera de doméstico, y os llamase por ello su generoso bienhechor!

CONDE. *(Las primeras palabras con desconcierto: despues disimulando su turbacion.)* Y bien! Le entregaré hoy mismo aquel legado... se lo entregaré sin el menor menoscabo. Pero, juradme vos que no hareis valer derechos olvidados... que no me despojareis de los pingües dominios de que me habeis dejado hasta ahora pacífico poseedor... juradme que hareis el sacrificio que os pido... ¡jurádmelo, Baron! porque si no tengo ya escritos imprudentes con que probar aquel infame adulterio, me queda lengua para divulgar por toda la Helvecia... el nombre de la madre de este jóven.

BARON. Y á mí me queda una espada para devolveros al corazon la primer palabra indiscreta que osárais pronunciar! *(Dominándose.)* ¡Pero no haré tal, Conde! Despues de haber probado con este testamento que sois un ladron, nadie tendrá dificultad en creer que sois un calumniador.

CONDE. ¿Me quereis deshonrar despues de arruinarme? Bien! podeis hacerlo! ¡Mi maldita imprudencia os da los medios! ¡Pero no espereis gozar impunemente de vuestra fácil victoria! ¡La existencia de este desgraciado será el precio de ella! Su sangre vá á saltar sobre las coronas señoriales que arrancais de mi frente para ceñir la vuestra!

BARON. Arnoldo Késsman no ha cometido un robo! Él probará presentando este documento, que era legítimamente suyo el contenido de la caja.

CONDE. Él está confeso de haber hecho un pacto infernal, y vos sabeis que son quemados vivos públicamente los convictos de aquel crímen!

ARNOLD. Ah!

BARON. Mentis! ¡El oro que posee Arnoldo Késsman se lo he regalado yo!...

ARNOLD. Vos!

BARON. Él era vuestro page de cámara, y aprovechando las favorables circunstancias de una tradicion popular y de su anhelo por adquirir riquezas, usé de un ardid que ha coronado el cielo! Yo he sido el donador de las dos mil piezas de oro de treinta y dos franken, y en todo esto, señor Conde, no hay otro diablo que vos.

ARNOLD. ¡Gracias, Dios mio!

CONDE. Tengo testigos de que ha declarado haberse vendido al Infierno!

BARON. ¡Yo los tengo de haber estado en el camino de Evi la noche del 23, víspera de san Juan!

CONDE. Oh! ¡Si destruíais el hecho, no justificaríais su intencion!

BARON. Acabemos, Conde! no querais emprender una lucha desesperada, cuyo éxito seguro para vos solo puede ser la ruina y la deshonra. Soy generoso; voy á ofreceros una transaccion, porque llevais, aunque indigno, un nombre ilustre

que quiero respetar yo, y me interesa que no salgan jamás de vuestros labios otros nombres que respeta todo el mundo.

CONDE. ¡Y bien! ¿Cuál es vuestra proposicion? Decidla pronto.

BARON. Salid á proclamar, á presencia del oficial de S. M. Imperial y de toda vuestra servidumbre, que quedais completamente satisfecho de la absoluta inocencia de este jóven, y que me reconoceis y declarais su único señor natural.

CONDE. A vos!

BARON. En el instante en que venga cualquiera persona, de mi confianza, á decirme que queda cumplida esta justa condicion, os juro por el honor de mi familia—y vos sabeis si es sagrado para mí—que quedará reducido á menudos pedazos este documento con que puedo infamaros, y vos en tranquila posesion de la herencia de este huérfano, que no es despreciable; constituyéndome yo en la severa obligacion de resarcirle de su pérdida. *(Pausa.)*

CONDE. Acepto. *(En ademan de irse.)*

BARON. Aun hay otra condicion fundamental, Conde.

CONDE. ¡Decidla!

BARON. Abandonareis la Helvecia para siempre.

CONDE. No tengo otro deseo.

BARON. ¿Cuándo marchareis?

CONDE. Antes de veros poseedor de las riquezas de que vais á despojarme.

BARON. Teneis, pues, que daros mucha prisa; porque en el momento en que os hablo, ya se hacen valer mis derechos, y bien os consta que son incuestionables.

CONDE. Se han trocado los papeles, Baron; pero no os regocijeis en demasía: la fortuna no ha parado su rueda: entrambos quedamos en el mundo, y aun pueden ocurrir muchas mudanzas.

BARON. En todas las situaciones, Conde de Montsalvens, se halla fuerte ante los hombres, y tranquilo ante Dios, el que guarda el testimonio de una conciencia sin mancha.

ESCENA XI.

BARON.—ARNOLDO.

ARNOLD. Que yo bese vuestras plantas, señor Baron.

BARON. ¡Qué haceis! Yo soy quien debo pediros perdon de los riesgos que habeis corrido, por mi estratagema peligrosa.

ARNOLD. Ah! No! os bendigo por ella; os rindo infinitas gracias porque me escogísteis de instrumento para desposeer á un malvado de aquellos escritos, que comprometian la honra de mi desgraciada madre!—Pero permitidme una pregunta, señor de Charmey. ¿Qué relacion existia entre aquellos documentos y la usurpacion que os ha hecho impunemente hasta hoy su infame depositario? ¿Por qué era para vos una amenaza la anunciacion de divulgarlos? ¿Por qué os era tan precioso el honor de mi familia, que os dejásteis despojar primero que consentir en la difamacion de mi madre?

BARON. ¡Ah! ¡Quereis arrancarme una palabra que habia jurado no escuchariais jamás de mis lábios! ¡Bien! mi pecho no puede ya recataros el doloroso secreto. *(Con profunda emocion.)* ¡Arnoldo! ¡Arnoldo! Nos es comun á los dos el sagrado deber de conservar sin mancha el nombre de aquella que fue frágil en la tierra. Vuestra madre, vuestra madre, Arnoldo... ¡era tambien la mia!...

ARNOLD. ¡Ah! ¡Sois mi hermano!

BARON. Mas bajo. ¡Venid á pronunciar ese nombre sobre mi corazon, hermano mio! *(Se abrazan.)* Y ahora olvídalo para siempre! tal sacrificio nos impone á entrambos la veneracion que debemos á la que nos dió la vida.

ARNOLD. ¡Dejad antes que vuelva á abrazaros!

BARON. Ah! *(Se abrazan de nuevo y confunden sus lágrimas.)*

ESCENA ULTIMA.

Dichos.—Ida.—Juan Bautista.

Ida. ¡Corramos, padre, corramos!

Baron. ¡Vuestra Ida! *(Se aparta de los brazos de su hermano.)*

Ida. ¡Arnoldo mio!

Juan B.ª *(Al Baron.)* El Conde de Montsalvens acaba de proclamar que lo reconoce inocente. ¡Hijo amado! *(Acercándose á Arnoldo para abrazarlo.)*

Baron. Señor Kéller, declaro que las dos mil piezas de oro de treinta y dos franken que le he regalado á Arnoldo Késsman, no son mas que parte de una considerable suma de que le soy deudor.

Juan B.ª ¡Deudor vuestra señoria!

Arnold. ¡Padre! esposa mia! besad la diestra de nuestro magnánimo protector.

Juan B.ª Ya sabia yo que era el mas caballero de los caballeros y el mas grande de los grandes!

Ida. ¡Oh! es el mejor de los hombres que ha producido la Helvecia, y merecia tambien ser el mas poderoso.

Baron. El cielo cumple probablemente en este momento vuestros generosos deseos, amada niña: voy á ser rico, ¡muy rico! ¡pero Dios solamente es bueno! y ¡Dios solamente es grande!

Juan B.ª ¡No me cabe en el pecho el regocijo!

Ida. Arnoldo, pedidle todavia otro favor. Rogadle conmigo que nos sirva de padrino.

Arnold. Y que nos permita dedicarle una fiesta todos los años en el *camino de Evi.*

Baron. Estoy dispuesto á complaceros en todo; pero con una condicion, amigos mios.

Ida.
Arnold. } ¿Cuál?

Baron. Que me habeis de permitir que repita en favor de vuestro primogénito, el *Donativo del Diablo.*

FIN DEL DRAMA.

GOBIERNO CIVIL DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Madrid 11 de Octubre de 1852.

Examinada por el Censor de turno, y de conformidad con su dictámen puede representarse.

Diaz.

PUNTOS DE VENTA.



En Madrid: en las librerias de Cuesta, calle Mayor; Monier, Carrera de San Gerónimo; Rios, y Perez, calle de Carretas.

EN PROVINCIAS.

Adra. . . .	D. Francisco Barranco Medina.
Albacete. . .	Nicolas Herrero y Padron.
Alcalá. . . .	Felix Moreno.
Alcoy. . . .	José Martí y Roig.
Algeciras. . .	Serafin Derqui.
Alicante. . .	Pedro Ibarra.
Almería. . .	Mariano Alvarez.
Andujar. . .	Domingo Caracuel.
Antequera. .	Joaquin Maria Casaus.
Aranjuez. . .	Gabriel Sainz.
Avila.	Julian Corrales.
Avilés. . . .	Ignacio García.
Badajoz. . .	Sra. Viuda de Carrillo.
Baena. . . .	Francisco Fernandez.
Baeza. . . .	Manuel Alambra.
Barcelona . .	Juan Oliveres.
Idem.	José Piferrer y Depaus.
Baza.	Joaquin Calderon.
Bejar	Vicente Alvarez.
Benavente. .	Pedro Fidalgo Blanco.
Berja. . . .	Nicolas del Moral.
Bilbao. . . .	Sres. Delmas é Hijo.
Burgos. . . .	Sergio Villanueva.
Cáceres. . . .	José Valiente.
Cádiz.	Severiano Moraleda.
Calatayud. . .	Bernardino Azpeitia.
Carmona. . .	José María Moreno.
Cartagena. . .	Vicente Benedicto.
Castellon. . .	Remigio Moles.
Cervera. . . .	Joaquin Gasset.
Chiclana. . .	Manuel Alvarez Sibello.
Ciudad-Real.	Antonio Mexía.
Cdad-Rodrig.	Salomé Perez.
Córdoba . . .	Juan Manté.
Coruña. . . .	José Lago.
Cuenca. . . .	Pedro Mariana.
Ecija.	Ciriaco Jimenez.
Figueras. . .	Jaime Bosch.
Gerona. . . .	Narcisa Grasses.
Gijon.	Vicente de Escurdia.
Granada. . . .	José María Zamora.
Guadalajara .	Fermin Sanchez.
Guardamar. .	Sres. García y Muñoz.
Habana. . . .	Charlain y Fernandez.
Huelva. . . .	Osorno é hijo.
Huesca. . . .	Bartolomé Martinez.
Igualada. . .	Joaquin Jover y Serra.
Jaen. . . .	José Sagrista.
J. la Frontra.	José Bueno.
Leon.	Manuel Gonzalez Redondo.
Lérida. . . .	Manuel de Zara y Suarez.
Lisboa. . . .	Silva Junior.
Logroño. . .	Ciriaco Verdejo.
Loja.	Juan Cano.
Lorca. . . .	Francisco Delgado.
Lugo.	D. Manuel Pujol y Masia.
Lucena	José Jimenez.
Málaga. . . .	Francisco de Moya.
Manila. . . .	Ramon Somoza.
Manresa. . .	Manuel Sala.
Manzanares. .	Dimas Lopez
Medina Sidon.	Hilario de Pina.
Motril. . . .	José Joaquin Batlle.
Murcia. . . .	Antonio Molina.
Orense. . . .	José Ramon Perez.
Oviedo. . . .	Bernardo Longoria.
Palencia. . . .	Gerónimo Camazon.
Palma. . . .	Pedro José García.
Pamplona. .	Ignacio Garcia.
Paris.	Boix y Compañia.
Plasencia. . .	Isidro Pis.
Pontevedra. .	Juan Verea y Varela.
Priego. . . .	Gerónimo Caracuel.
P. Sta. María.	José Valderrama.
Requena. . .	Antolin Penen.
Reus.	Juan Bautista Vidal.
Rivadeo. . .	Francisco F. de Torres.
Ronda. . . .	Rafael Gutierrez.
Salamanca. .	Telesforo Oliva.
S. Fernando.	José Tellez de Meneses
San Lucar. .	José Maria Espez.
Sta. Cruz Tf.	Pedro M. Ramirez.
S. Sebastian.	Sres. Domecq y Sobrino.
Santander. .	Clemente Maria Riesgo.
Santiago. . .	Sres. Sanchez y Rua.
Segovia. . .	Eugenio Alejandro.
Sevilla. . . .	Cárlos Santigosa.
Idem.	Juan Antonio Fé.
Soria.	Francisco Perez Rioja.
Talavera. . .	Angel Sanchez de Castro.
Tarragona . .	Antonio Puigrubí y Canals.
Teruel. . . .	Vicente Castillo.
Toledo. . . .	José Hernandez.
Toro.	Alejandro Rodrig. Tejedor.
T. de Cuba.	Meliton Franc. de Revenga.
Tuy.	Francisco Martinez Gonzalez
Valencia. . .	Francisco Mateu y Garin.
Idem.	Francisco de P. Navarro.
Valladolid. .	José M. Lezcano y Roldan.
Valls.	Cayetano Badía.
Velez Málaga	Mariano Cebrian.
Vich.	Ramon Tolosa.
Vigo.	José María Chao.
Vill. y Geltrú	Joté Pers y Ricard.
Vitoria. . . .	Bernardino Robles.
Ubeda. . . .	Francisco de P. Torrente.
Zafra	Juan de Dios Hurtado.
Zamora. . .	Manuel Conde.
Zaragoza . .	Pascual Polo.

El Círculo Literario Comercial se halla establecido en la calle de Fuencarral, casa Astrarena.